

Revista Chilena
de
Historia y Geografía

Estudios sobre
Plan de
La Serena

J. J. J.
(19. 134)

1964

N.º 132

Santiago de Chile



La Serena y su evolución urbana

INTRODUCCIÓN

El estudio de las ciudades toma día a día mayor importancia, pues el éxodo de la población rural hacia los centros urbanos se mantiene en toda su intensidad e incluso en aquellas áreas en desarrollo, aumenta de manera vertiginosa. Es por eso que, aún cuando la Geografía Humana se preocupa en especial de los problemas del habitat urbano, hoy se puede hablar perfectamente de una Geografía Urbana.

La Geografía Urbana busca la explicación de los hechos que han originado la evolución de la ciudad, su estructura, su equipamiento, sus funciones y relaciones espaciales. Para ello no sólo recurre a las otras ramas de la Geografía sino que también a una serie de ciencias auxiliares, las que sirven como medio para llegar, gracias a su propia interpretación, a la solución de los problemas propuestos.

La ciudad tiene vida, puede crecer, estancarse o morir; múltiples son los factores que determinan tales hechos: unos son originados por la acción de la naturaleza y otros, por la de los grupos humanos. Es a la ciencia de la evolución urbana a la que corresponde buscar el factor determinante en tal evolución y para lograrlo, emplea de preferencia el método histórico.

En este trabajo, en el que se analiza la evolución urbana de La Serena, se ha recurrido no sólo a la Historia, sino que también a la Arqueología, pues gracias al auxilio de esta última ciencia se ha podido demostrar que desde la época precolombina, el valle del río Elqui o Coquimbo ha ejercido una fuerte atracción para la instalación humana. En el estudio de la situación, del emplazamiento y de la evolución actual, han servido de base los trabajos de campo realizados en la región del valle del río Elqui y de la bahía de Coquimbo. Sin embargo, el método que ha predominado ha sido el histórico, especialmente en el análisis de la fundación y evolución posterior de la ciudad.

I — EL VALLE DEL RÍO ELQUI CENTRO DE ATRACCIÓN HUMANA DESDE LA ÉPOCA PRECOLOMBINA

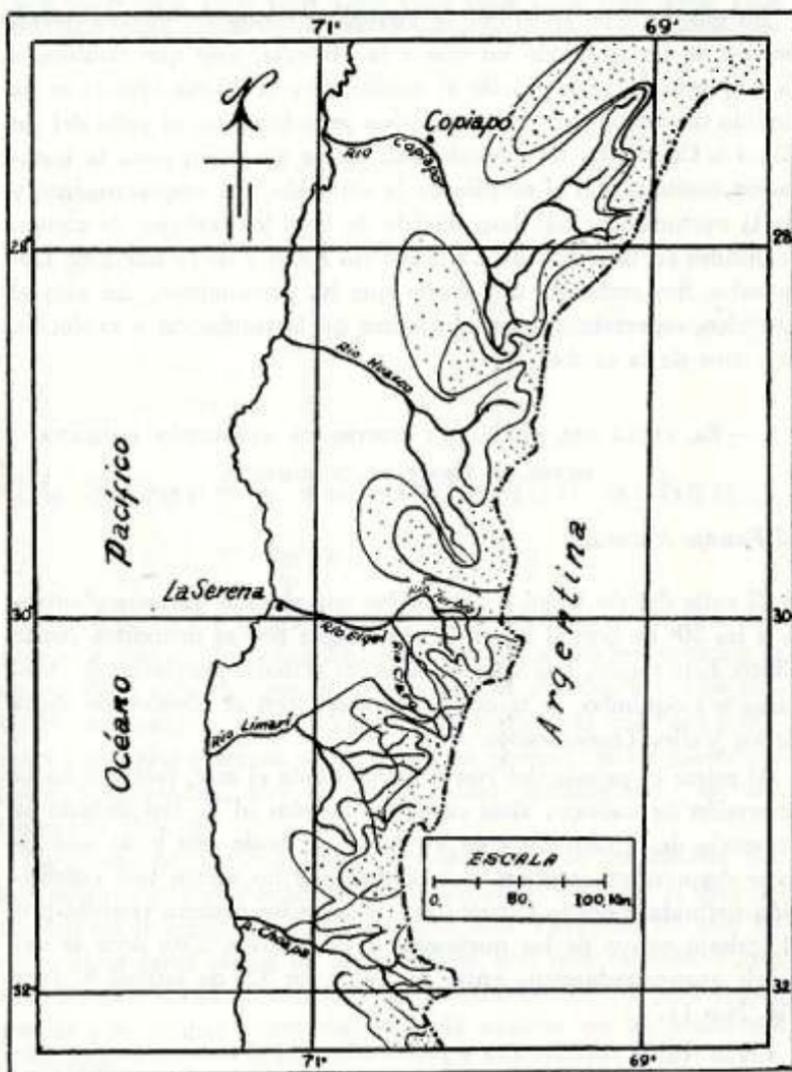
El Paisaje Natural

El valle del río Elqui o Coquimbo está situado aproximadamente a los 30° de latitud S., en la región que hoy se denomina Norte Chico. Esta región, que comprende a las actuales provincias de Atacama y Coquimbo, se la conoce también con el nombre de Zona de los Valles Transversales.

Al mirar el paisaje del Norte Chico desde el aire, éste nos da la impresión de caótico; altas cumbres nevadas al E. nos indican la presencia de la Cordillera de los Andes y, desde este nivel más alto se desprenden cordones montañosos que no siguen una ordenación definida, pues se encuentran cortados de manera confusa por el trabajo activo de las quebradas y de los ríos. Esta área se extiende aproximadamente entre los 26° y los 32° de latitud S. (ver Fig. N.º 1).

En la región cordillerana y precordillerana el caos es mucho mayor, pues las quebradas y los tributarios que van hacia los cauces principales, lo hacen siguiendo las más variadas direcciones; un buen ejemplo de ésto lo constituye el Turbio que es uno de los ríos que forma el Elqui.

Al dejar el ámbito cordillerano la confusión disminuye, pues la dirección de los cursos de agua se hace ahora más definida, co-



N° 1

riendo sólo en dirección al NW. o bien al SW. lo que acentúa en la medida en que se acercan a la costa. Factores determinantes de esta ordenación general del relieve han sido la acción conjunta del mar y de los sollevamientos del cuaternario, los que dieron ori-

gen a extensas planicies costeras, las que en algunos sectores tienen un ancho hasta de 40 kilómetros.

De las diversas áreas del Norte Chico, la que presenta mejor una ordenación general de E. a W., es aquella que comprende a los ríos Elqui y Limarí; pues al N. y al S. de ellos se nota en algunos sectores una ordenación incipiente del relieve en el sentido longitudinal.

Desde el punto de vista climático, los Valles Transversales presentan dos áreas bien definidas; una Desértica, que llega aproximadamente a los 30° de latitud S. y una Esteparia, que se extiende hasta el extremo meridional de la región. Este cambio climático se origina principalmente por el aumento paulatino de la pluviosidad hacia el S.

El sector que queda bajo el clima Desértico, puede ser considerado como de transición entre el clima desértico con características extremas, que se ubica al N., y el clima Estepario que empieza al S. del valle del río Elqui. Ello se nota perfectamente en la vegetación, pues ésta en el extremo N. del sector es muy escasa y sólo se presenta en aquellas áreas en donde la influencia del mar permite la formación de nieblas o camanchacas, desapareciendo completamente hacia el interior. Sin embargo, a medida que se avanza hacia el S. estas características cambian, pues el aumento de las lluvias desarrolla en áreas alejadas del mar una vegetación xerófila extrema, la que ya se acusa en las inmediaciones del río Copiapó, en donde la pluviosidad anual alcanza a los 25 milímetros. En el ámbito cordillerano la pluviosidad es más abundante y en su área septentrional las lluvias también se presentan en verano; en las partes más elevadas estas precipitaciones se transforman en nevazones permitiendo una gran acumulación de nieve en las altas cumbres, lo cual asegura el mediano abastecimiento de agua para los ríos que drenan la región.

El sector de clima Estepario presenta lluvias más abundantes, empezando con una pluviosidad del orden de los 100 mm. y terminando con más de 250 mm. anuales. La vegetación es ahora mucho más densa, formándose asociaciones de matorral xerófito y de árboles con plantas mesófilas. Sin embargo, en algunas pequeñas áreas cercanas a la costa existen asociaciones arbóreas típicas de la-

titudes más elevadas, las que se han originado por la alta humedad y los frecuentes nublados que allí se presentan (bosques de Fray Jorge y Talinay).

Las características climáticas que hemos señalado originan ríos que presentan un régimen mixto, siendo éste nivoso y pluvioso.

Los ríos del sector Desértico son el Copiapó y el Huasco; los que se encuentran separados por una distancia de 145 kilómetros y su divisoria es bastante difusa en el área extracordillerana. Su caudal medio es de $3 \text{ m}^3/\text{seg.}$ para el Copiapó y de $8,3 \text{ m}^3/\text{seg.}$ para el Huasco; esta agua proviene de la alta cordillera, lo que se explica por la macidez de las altas cumbres y por la orientación que éstas tienen, gracias a lo cual logran detener los vientos del NW. que son los que provocan las lluvias.

Los principales ríos de la Estepa son: el Elqui, el Limarí y el Choapa. En ellos las lluvias jugarán, a medida que se avanza hacia el S., un papel cada vez más importante creando también divisorias de agua bien definidas. Todos estos ríos corren por valles bastante desarrollados en los cuales existen amplias terrazas aluviales, las que en las áreas adyacentes a la costa empalman con las terrazas marinas; esta última característica no la cumple el río Limarí, pues desde unos 20 kilómetros antes de su desembocadura, estrecha considerablemente su valle corriendo completamente encajonado.

Respecto al caudal de estos ríos, éste ha aumentado considerablemente en relación al que presentaban los ríos del sector Desértico, así el Elqui lleva un caudal medio anual de $16 \text{ m}^3/\text{seg.}$, el Limarí de $24 \text{ m}^3/\text{seg.}$ y el Choapa de $27 \text{ m}^3/\text{seg.}$

Los Primeros Habitantes

Las regiones de clima árido han jugado un importante papel en el desarrollo cultural de los pueblos que en ellas se han instalado, pues la plena potencialidad del medio natural ha exigido desde un principio un trabajo constante para llegar al aprovechamiento total del clima, del agua y de los suelos.

Los oasis permitieron la concentración de plantas y animales, lo cual llevó al hombre a un estrecho contacto con estas especies y

gracias al conocimiento que de ellas tuvo, logró después de un largo período su domesticación.

Los cultivos no podían estar circunscritos al lecho mismo del río, pues la alimentación del grupo exigía no solo una mayor seguridad en las cosechas, sino que también un aumento de las áreas cultivables, lo que hizo necesario construir obras de irrigación.

Los nuevos suelos que pasaban al dominio de la agricultura empezaron a ser protegidos por muros de piedra para evitar su escurrimiento. Todas estas obras fueron el producto de un lento desarrollo cultural, el que se vio reforzado por el aislamiento de los oasis, lo que aseguró una tranquila evolución.

Los ríos de los Valles Transversales tuvieron, desde la época precolombina, un importante papel como centro de atracción humana. Es así como en esa época se instalaron en sus valles numerosos pueblos, los que desarrollaron una adelantada civilización.

Sabemos que todos los ríos de los Valles Transversales llegan al mar y si a lo largo de la costa chilena vivieron desde las épocas más antiguas pueblos pescadores, bien podríamos preguntarnos cuál fue la razón que impidió a estos pueblos penetrar hacia el E.; al respecto, podemos decir que ellos se debió a que no practicaron ni la agricultura ni la ganadería y todos los recursos básicos para su subsistencia los obtuvieron del mar.

Los restos culturales encontrados por los arqueólogos en el litoral del Norte Chico, han servido para demostrar que desde hace aproximadamente cinco mil años, vivieron allí numerosos pueblos indígenas a los cuales se ha denominado con el nombre de Culturas Precerámicas; representantes de estas culturas son las de Huentelauquén y la del Anzuelo de Concha, cuyas áreas de dispersión fueron: Pichidangui, Huentelauquén, Guanaqueros, La Herradura y Carrizalillo; en todas estas caletas se han encontrado utensilios de piedra, de hueso y de concha. Estos pueblos formaron pequeños grupos familiares, los que desplazándose de caleta en caleta, buscaban los bancos de mariscos que satisficieran sus necesidades; este constante deambular les impidió alcanzar el grado de civilización necesario para aprovechar el medio natural que ofrecían los Valles Transversales.

Las regiones ubicadas al Norte y al Sur de estos valles estaban habitadas por pueblos agricultores los que no mostraron ningún interés por extender su influencia a los Valles Transversales. Ello se debió seguramente a que los Atacameños, radicados al Norte, tenían integralmente la explotación de las áreas en que vivían, ocupando en ello toda la mano de obra disponible, lo que les impedía cualquier empresa de expansión. En tanto que los Picunches que se instalaban al S., sólo tomaron posesión hasta el valle del río Choapa, pues más al N. las condiciones naturales les resultaban demasiado nuevas para las técnicas agrícolas que aplicaban en los valles de sus territorios.

Los estudios arqueológicos practicados en la región del Norte Chico, han demostrado la presencia de una cultura que se denominó de El Molle, por haber ido en esta localidad que se ubica en el curso medio del río Elqui, en donde se descubrieron los primeros cementerios indígenas; vestigios de esta civilización se han encontrado en todos los valles de la región.

Respecto al origen de este pueblo, se cree que provenía del centro de América del Sur y que llegó a esta región en los primeros años de la era cristiana (en Corrtely, 37); no se sabe si a su llegada tuvieron que desplazar a otros pueblos, o bien se mezclaron con ellos; en todo caso no hay resto arqueológico alguno que afirme o desmienta tales hechos.

Una vez instalado el pueblo de la cultura de El Molle en los diversos valles, experimentó una larga evolución cultural, la que se desarrolló aisladamente de la de sus vecinos del Norte y del Sur. En el apogeo de su civilización practicaron activamente la agricultura y la ganadería, trabajaron la piedra, conocieron el uso de los metales y desarrollaron artesanías de cerámicas y tejidos. Esta evolución sólo alcanzó hasta el siglo V o VI, época en la cual fueron sometidos al dominio de un pueblo que era bélica y culturalmente muy superior a ellos: los Diaguitas.

Los Diaguitas

¿Pero de dónde venían los Diaguitas mismos? Se sabe tan poco al respecto como del lugar de origen de los Atacameños. Solamen-

te estamos al tanto de que invadieron el territorio en ambos lados de la cordillera, en una región situada entre los ríos Copiapó y Choapa por el lado chileno y que llegaron como sus vecinos del Norte, con una cultura superior ya formada... (En Mostny, 48), la que continuó evolucionando una vez que se asentaron definitivamente en los Valles Transversales.

Culturalmente los Diaguitas ofrecían las siguientes características: fueron diestros artesanos en el arte de la cerámica, en la confección de tejidos y en la metalurgia del cobre.

Desarrollaron también las técnicas agrícolas, lo que les permitió cultivar intensamente el maíz, la papa, el frejol, la calabaza, el ají y el zapallo. Además, practicaron la ganadería de la llama, animal importante para el abastecimiento de carne, de cuero y de lana.

Los valles de los principales ríos, al igual que los formados por los tributarios, ofrecían excelentes posibilidades de asentamiento para los Diaguitas. Así tenemos que en el momento de su máxima evolución, las aguas del cauce satisfacían no sólo las necesidades personales, sino que también se utilizaban para el regadío y para abreviar el ganado; la vegetación que crecía en las riberas les entregaba el material necesario para la construcción de sus casas; las planicies adyacentes al río o bien las terrazas concordantes a éste, tenían excelentes suelos para los cultivos; las pendientes más abruptas, al igual que las serranías vecinas, servían de lugares de pastoreo para sus ganados y además, les proporcionaban abundante caza y por último, de las montañas que limitaban los valles, extraían los minerales básicos para su metalurgia y las piedras para construir las fortalezas que defendían sus aldeas.

Esta variedad de recursos que ofrecía el valle y las áreas adyacentes a él, contribuyó poderosamente, al igual que la ordenación del relieve y de los cursos de agua a acentuar el aislamiento del pueblo Diaguita, el que a pesar de tener un origen común nunca se unificó, llegando a formar pequeños grupos de familias que obedecían a la autoridad de un jefe o cacique. Estos grupos familiares vivían en pequeñas aldeas, los que sólo ejercían dominio sobre los terrenos inmediatos a ella, pues las áreas más alejadas quedaban en posesión de otros grupos. Sin embargo, todos los habitantes de estas aldeas se unían para llevar a cabo algunas empresas,

tales como: defenderse de algún enemigo común, construir canales de regadío y distribuir equitativamente las aguas destinadas a la agricultura.

Como vemos, a pesar de la separación e independencia que tenían entre sí los grupos que vivían en el mismo valle, existía la posibilidad de que se unieran transitoriamente y, con seguridad en todo período hubo una complementación de E. a W., ya que los valles cordilleranos proporcionaban excelentes pastizales en las épocas de sequía; la costa, como ya hemos dicho, entregaba sus productos provenientes del mar y la ordenación general del relieve y de los cursos de agua, facilitaba las comunicaciones para realizar esta integración.

De N. a S. no existió posibilidad de unión, pues el relieve agudizó el aislamiento. Además, los recursos naturales ofrecidos por los valles presentaban diferencias, lo que permitió, dado el aislamiento con que se llevó a cabo su explotación, una evolución cultural que presentaba matices propios en cada valle.

Las posibilidades naturales ofrecidas por los valles de la parte Norte de la región impidieron un amplio desarrollo de los pueblos que allí se asentaron, pues el escaso caudal de los ríos Copiapó y Huasco restó posibilidades de poner extensas superficies bajo riego, lo que redujo considerablemente la producción agrícola; por otra parte, la actividad ganadera se vio restringida debido a que las serranías vecinas a los valles prácticamente no tenían vegetación herbácea perdurable, salvo cuando se producían esporádicas lluvias, las que apenas totalizaban unos 25 mm. anuales.

Los valles de la parte Sur, en cambio, presentaban óptimas condiciones naturales, las que no pudieron ser aprovechadas totalmente, dado el permanente clima bélico que allí existió, pues los pueblos que fueron desalojados, en más de una ocasión recuperaron sus antiguos territorios y esto explica el hecho de que Huentelauquén, aldea situada en el curso inferior del río Chaopa, y el río Illapel tengan nombres que pertenecen a la lengua de los pueblos que vivían inmediatamente al S. del territorio Diaguita.

De acuerdo a lo anterior, los valles que ofrecían las mejores condiciones para un amplio desarrollo cultural, eran los de los ríos Elqui y Limarí. Sin embargo, existen diferencias entre uno y otro

y así tenemos que el Limarí nos presenta una hoya hidrográfica mayor que la del Elqui; sus tributarios, los que siguen variadas direcciones, sólo lo forman a unos 50 kilómetros de la costa; en tanto que los del Elqui corren en direcciones bien determinadas formándolo a 90 kilómetros del mar. El valle que forma el Limarí sólo presenta amplias terrazas hasta unos 20 kilómetros antes de su desembocadura, pues desde allí hasta la costa corre completamente encajonado; el valle del Elqui, en cambio, se ensancha considerablemente hacia el W. presentando amplias terrazas fluviales, las que empalman a pocos kilómetros de la costa con las planicies de abrasión marinas que se encuentran concordantes a la bahía de Coquimbo y por último, el Limarí desemboca en una costa abierta, en tanto que el Elqui lo hace en el centro de una amplia y abrigada bahía.

Las ventajas naturales del Elqui son considerables, pues su menor hoya hidrográfica, la dirección definida de sus tributarios y el hecho de que se constituya a la salida del ámbito cordillerano, permitió una integración de E. a W. Por otra parte, los suelos de migajón que priman en su curso medio e inferior, las amplias terrazas fluviales, las extensas planicies costeras y la abrigada bahía, permitieron el desenvolvimiento de las actividades agropecuarias y pesqueras, lo que aseguró la subsistencia de un numeroso grupo de indígenas. Lo anterior explica el hecho de que fuera el valle del Elqui el centro de la cultura Diaguita.

El Valle del Elqui frente a los nuevos Conquistadores

El valle del Elqui, desde la época precolombina ha jugado un papel importante como centro de atracción humana. Los hallazgos arqueológicos han demostrado que no sólo fue centro de la cultura Diaguita, sino que también de la cultura de El Molle. Por último, al finalizar esta época y al ser sometidos los Diaguitas a la dominación de los Incas, éstos instalaron su principal guarnición en el curso inferior del río, pues controlando esta área se dominaba el valle entero; esta es la razón por la cual el gobernador incaico vivía en su fortaleza de Altovalsol, ubicada a sólo 12 kilómetros de la costa.

Al ser sometidos los Incas al dominio español y al iniciar estos últimos la conquista de Chile, el valle del río Elqui y en especial su curso inferior continuó ejerciendo gran atracción para que se instalaran en él nuevos grupos humanos, pues los recursos naturales a pesar de haber sido explotados desde las épocas más antiguas, siempre ofrecían excelentes posibilidades de un nuevo desarrollo.

II — LA SERENA DE JUAN BOHON

La Fundación

Iniciada la conquista de Chile por Pedro de Valdivia, la región del valle del río Elqui no podía pasar desapercibido dadas las características especiales que le señalamos en el capítulo anterior y es así como después de la fundación de Santiago, el Capitán General envió a uno de sus subalternos a emplazar una ciudad en dicha región.

Al respecto, Valdivia informó al Rey de España en la siguiente forma: "Procuré este verano pasado, en tanto que yo entendía en dar maña para enviar al Perú, poblar la ciudad de La Serena en el valle de Coquimbo, que es a mitad del camino; y hase dado tan buena maña a el teniente que allí envié con jente que llevó, que dentro de dos meses trujo de paz todos aquellos valles, y llámase el capitán Juan Bohon" (en Valdivia, 39).

Sobre la fecha de fundación de esta nueva ciudad, no existe un acuerdo unánime al respecto pues si analizamos la carta de Valdivia, escrita al Rey en La Serena en septiembre de 1545, se desprende que dicha fundación debe haberse realizado en los meses de verano de fines de 1544 o principios de 1545. Esta fecha no coincide con la que nos da el cronista Mariño de Lobera, pues éste dice que tuvo lugar "un lunes que se contaron quince días del mes de noviembre de 1543" (en Colección de Historiadores de Chile, VI, 78).

El historiador Luis Silva Lazaeta afirma que tal fundación debió realizarse a fines de 1544 (en *El Conquistador Francisco de Aguirre*, 122); basa su información en la carta de Valdivia recientemente citada. El historiador Tomás Thayer Ojeda nos asegura

“que la fundación tuvo lugar por los meses de febrero a mayo de 1544” (en *Las antiguas ciudades de Chile*, 40). Esta afirmación está en desacuerdo con lo dicho por Valdivia, por Mariño de Lobera y por Silva Lazaeta. Sin embargo, T. Thayer Ojeda para despejar toda duda al respecto, cita parte del poder otorgado por Valdivia a Pastene, el 3 de septiembre de 1544, el que dice textualmente lo siguiente: “He poblado de nuevo (recientemente) en nombre de S. M. la ciudad de La Serena, en el valle de Coquimbo, enviando un teniente mío con jente a caballo i pie para que haga servir a los indios como convenga a su real servicio...” (en *Las antiguas ciudades de Chile*, 40).

Todo lo anterior nos permite asegurar que tal fundación debió realizarse en la primera mitad de 1544, quedándonos sólo la duda con respecto al mes.

Poderosas razones tenía Valdivia al ordenar esta fundación, pues La Serena sería la base para extender su dominio en toda la parte norte de su Capitanía; además, sería una excelente escala para las comunicaciones con el Virreinato del Perú y por otra parte, serviría de base para la penetración hacia el E., pues dentro de los límites de la gobernación de Valdivia quedaban los territorios de Tucumán.

El Sitio

Juan Bohon no llevaba instrucciones precisas sobre el lugar en donde debía ser emplazada la ciudad, Valdivia sólo le había ordenado fundarla en el valle del río Elqui o Coquimbo; esta área ofrecía excelentes sitios y desde su llegada a él, Bohon se preocupó no sólo de pacificar a los indios, sino que también de ubicar el sitio que ofreciera las mejores condiciones de emplazamiento.

Los historiadores no nos han dado con exactitud el primitivo sitio de La Serena, todos están de acuerdo en afirmar que el emplazamiento escogido estaba en la ribera norte del río, pero no hay acuerdo respecto a que distancia se encontraba del mar. Unos afirman que estaba a tres leguas (en Silva Lazaeta, 123), más o menos en donde hoy está el pueblo de Altovalsol; en cambio otros la ubican a dos leguas, en el sitio en donde la Quebrada de Santa

Gracia se une al río Elqui (en Manuel Concha, 10). Pero estos sitios nos parecen poco favorables, pues aún cuando ofrecían un fácil abastecimiento de agua, mano de obra numerosa y buenas tierras de cultivo, no daban las condiciones de seguridad que permitieran, no sólo prever un ataque, sino que también realizar una fácil defensa, pues las planicies que allí se han formado son terrazas estrechas que están limitadas por el río y por cordones montañosos.

Creemos que la ciudad fue emplazada muy cerca de la costa, ya sea en la planicie costera o bien en uno de los escalones que presenta la terraza principal; nos inclinamos más por ésto último ya que en aquella época la planicie costera presentaba una tupida vegetación arbustiva (en Manuel Concha, 18) lo que se prestaba a los ataques por sorpresa. Esta idea del emplazamiento en las cercanías de la costa nos surgió del siguiente párrafo: "...fue en poblar la ciudad de La Serena, a la costa de la mar, con un muy buen puerto, en el valle que se dice de Coquimbo..." (en Valdivia, 116).

Todos estos antecedentes nos hacen pensar que la primitiva Serena estuvo situada en la margen derecha del río Elqui o Coquimbo a unos 1.800 m. de su cauce y a igual distancia de la costa, o sea, en donde hoy se ubica el pueblo de la Compañía Baja.

La principal característica física de esta región es la presencia de terrazas, las que se han originado por movimientos de la corteza terrestre o fluctuaciones del nivel del mar y por la acción conjunta del mar y del río.

En la margen derecha del río encontramos las siguientes terrazas (ver figura N° 2): la primera que corre en dirección E. a W. y a una altura superior a los 100 m., al acercarse a la costa se ensancha considerablemente hacia el N. y a tres kilómetros de la costa cambia de dirección, corriendo ahora de N. a S. y paralela a la planicie costera. Esta terraza presenta pendientes suaves que ascienden hacia los cordones montañosos que la limitan por el N. y por el E. y descienden hacia la segunda terraza que la está limitando por el S. y por el W.

La segunda terraza ofrece casi las mismas características de la primera; es decir, corre en dirección E. a W. y luego lo hace en dirección al N., sus pendientes son suaves y asciende desde los 45

tera; hacia el N. una quebrada que desciende de los cerros del Brillador erosionó los bordes de la segunda terraza, lo que agudizó la saliente en dicha dirección. Al S. se rompe bruscamente sobre la tercera terraza que mira al río y, hacia el NE. un extenso llano la limita ascendiendo suavemente hacia los cordones montañosos que corren en dirección NW. a SE.

El sitio de la nueva ciudad, ofrecía óptimas condiciones para la defensa y además, la cercanía a la costa que se ubica a sólo 1.800 m., le permitía recibir abastecimiento por mar; la vecindad del río le aseguraba el agua suficiente para sus necesidades; la tercera y cuarta terraza tenían excelentes suelos para los cultivos y de los asientos indígenas de los alrededores podrían obtener, sus habitantes, la mano de obra necesaria para las actividades agrícolas y mineras.

Se cumplían entonces en este sitio, las características geográficas que exigían los españoles de esa época para fundar una ciudad.

La Ciudad y su corta evolución

Con las instrucciones dadas por Valdivia a Bohon surge la perspectiva de la fundación de La Serena. Sin embargo, al materializarse tal hecho, muy lejos se encontraba dicha ciudad de ser considerada como tal.

Previa ceremonia, ritual en toda fundación, se procedió al levantamiento del acta y al trazado de las calles, las que enmarcaban los espacios que se destinarían a las construcciones. El lugar más destacado se dejó como plaza principal y los solares que miraban hacia ella, se destinaron a los servicios públicos, religiosos y a los vecinos; los espacios restantes se distribuyeron entre los otros españoles.

Sus habitantes no pasaban de dos decenas, lo que impidió el avance de las construcciones, a tal extremo que éstas se reducían a un pequeño fuerte y a una que otra casa; por lo cual La Serena presentaba la fisonomía de una pequeña avanzada hacia el norte.

Deseando producir un auge en la naciente ciudad, Valdivia la autorizó para elegir un Cabildo y fue pródigo en la distribución de encomiendas y mercedes de tierras. Sin embargo, al visitarla en sep-

tiembre de 1545, la encontró en tal estado de abandono, que se vio obligado a dejar una pequeña guarnición para que la protegiera. Además, la negativa de los indios de trabajar al servicio de los españoles, originó una falta de mano de obra, por lo cual tuvo que autorizar una expedición a Tucumán para que allí se buscaran los indios necesarios para trabajar dentro de la jurisdicción del nuevo Cabildo. Si la expedición fracasaba en su intento, la ciudad podía ser abandonada.

Después de cuatro años de existencia, La Serena continuaba sin ofrecer cambios de importancia. Su fundador, se había dirigido al Norte a tomar posesión de su encomienda del valle del río Copiapó, pues su presencia en la ciudad ya no era necesaria, ya que ésta a pesar de su escaso desarrollo cumplía perfectamente la función de enlace en las comunicaciones con el Perú.

A fines de 1548, estalló una gran rebelión indígena en el valle del Copiapó; uno de los primeros actos de los indios fue atacar a la pequeña hueste del capitán Bohon, pereciendo en tal encuentro éste y todos sus compañeros.

Alentados los indios por el éxito, extendieron su rebelión al Sur, levantándose en armas los del valle del Elqui y, lanzándose sorpresivamente sobre La Serena la noche del 11 al 12 de enero de 1549, la destruyeron completamente y asesinaron a 14 de los 16 españoles que en ella residían, al igual que a numerosos indios provenientes de Tucumán y mestizos auxiliares.

Cuando se supo en Santiago la destrucción de La Serena, el Cabildo ordenó al capitán Francisco de Villagra que al frente de una numerosa hueste se dirigiera al Norte a castigar a los insurrectos. Diego Sánchez Morales, uno de los soldados que acompañó a Villagra, nos relata en la siguiente forma el aspecto que presentaba la destruida ciudad: "Sabe que los indios vinieron sobre esta ciudad de La Serena e la asolaron e pusieron por el suelo e mataron cuantos vecinos habian en ella y soldados, que no se escaparon sino dos españoles, porque este testigo vino al socorro de esta ciudad con el capitán Francisco de Villagrán e vido esta dicha ciudad toda destruida e asolada e los españoles della muertos y empalados (en Medina, Colección de Documentos Inéditos, X, 93)".

Poco más de cuatro años de vida tuvo pues la primera ciudad y, en su corta evolución no mostró ningún progreso de importancia. Sin embargo, no fue abandonada porque era escala necesaria para los viajeros que iban o venían del Perú y es esta misma razón, la que va a determinar a Valdivia ordenar el mismo año 1549, su refundación.

III — LA CIUDAD DE SAN BARTOLOMÉ DE LA SERENA

Antecedentes

Durante el año 1549 ~~la situación~~ de la Capitanía General de Chile sufre algunos cambios favorables, llegan nuevos refuerzos y las campañas de la conquista y la fundación de ciudades son nuevamente alentadas.

Es así como ese mismo año, Valdivia ordena a su capitán Francisco de Aguirre, al que nombró Teniente de Gobernador del Norte de Chile, que funde nuevamente la ciudad de La Serena.

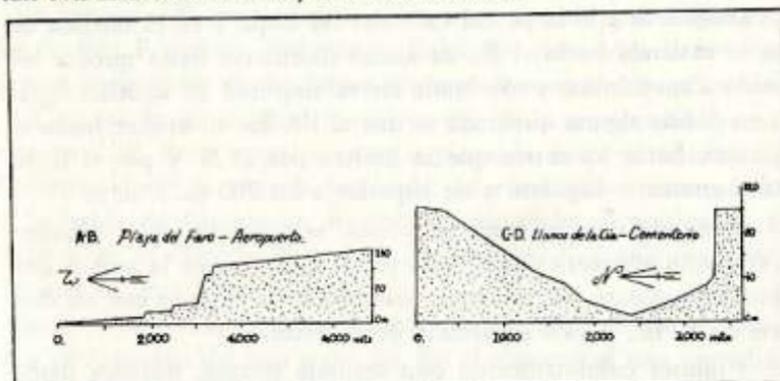
Las razones de esta nueva fundación las da Valdivia en la providencia otorgada a Aguirre en Santiago el 20 de junio de 1549, la que en uno de sus párrafos dice: "Por cuanto es cumplidero al servicio de S. M. tornar a poblar de nuevo la ciudad de La Serena, que es en el valle de Coquimbo, que éste tenía poblada en nombre de S. M., y al tiempo que fui al Perú al servicio, dada la vuelta, la hallé destruida y muertos los vecinos y otros treinta soldados, e rebelados los indios de aquellos valles, y porque aquella ciudad es la puerta principal para que las gentes de aquellas provincias quisieran venir a servir a S. M. en éstas, no reciban detrimento en el largo viaje que distancia que hay del valle de Copiapó, do comienzan los límites de esta gobernación, hasta esta ciudad de Santiago, que no podían dejar de recibirles..." (en Silva Lazaeta, 140).

En los primeros días del mes de agosto sale Aguirre desde Santiago, al frente de treinta soldados a cumplir esta nueva misión y habiendo llegado al valle del río Elqui, pacifica rápidamente a los indios, sembrando el terror entre ellos. Una vez realizado ésto, se dedica a estudiar la región para ubicar el sitio propicio en donde fundar la nueva ciudad.

El sitio

El sitio escogido por Francisco de Aguirre es el mismo que hoy ocupa la ciudad, la que se encuentra situada en los $29^{\circ}54'$ de latitud sur y $71^{\circ}2'$ de longitud oeste, a sólo 1.900 m. del mar y sobre las terrazas que se ubican en la margen izquierda del río Elqui (ver figura N° 2).

Estas terrazas, que bajan en escalones hacia el mar, se presentan con anchos variables y a niveles distintos.



N° 3

En el perfil A-B (fig. 3) que hemos trazado desde la Playa del Faro hasta el aeropuerto de La Florida, es decir, en una extensión de 6.800 m. las terrazas nos ofrecen las siguientes características:

La primera, que es la más extensa, asciende de W. a E., presentando en su borde W. una altura de 102 m. y ya frente a la puerta principal del aeropuerto su altura alcanza a 140 m. Como vemos en una distancia de 3.440 m. acusa un desnivel de 38 m. lo que equivale más o menos a un 10%.

Respecto a la segunda terraza, ésta aparece como una saliente de la primera, con un ancho de sólo 200 m. y una altura que va de los 94 a los 96 m.; una ruptura de pendiente con un desnivel de sólo 6 m. la une con la primera y en cambio, cae bruscamente sobre la tercera con un desnivel de 50 m.

La tercera terraza, con un ancho de 500 m., nos presenta una altura mínima de 36 m. y una máxima de 43. Termina al W, en una ruptura de pendiente que tiene un desnivel de 12 m.

La segunda, tercera y cuarta terraza nos dan la impresión de ser escalones adosados a la primera.

La quinta terraza o planicie costera, asciende desde la playa hacia el E. hasta terminar a 1.800 m. de la costa con una altura de 8 m.

Respecto a las características generales de todas estas terrazas (Fig. 2) podemos decir lo siguiente:

La primera, que como ya dijimos es la más extensa, penetra varios kilómetros a lo largo del valle del río Elqui y en la medida en que se extiende hacia el E., su ancho disminuye hasta quedar reducido a un mínimo y sólo toma cierta amplitud en aquellos lugares en donde alguna quebrada se une al río. En su avance hacia el E., como hacia los cerros que la limitan por el N. y por el S. su altura aumenta, llegando a ser superior a los 200 m. s. n. m.

La segunda terraza, como ya vimos, se presenta en su extremo N. como un angosto escalón de la primera, de la que la separa una mínima pendiente. Sin embargo, una profunda ruptura con un desnivel de 50 m., la está separando de la tercera.

Los puntos culminantes de esta segunda terraza, mirados desde los niveles inferiores, dan la impresión de cerros y es por eso que se les denomina como tales, destacándose los de Santa Lucía y del Pino. Estos dos "cerros" se encuentran separados por la quebrada de San Francisco, cuyo profundo lecho ha ayudado aun más a caracterizarlos; esta quebrada nace en los faldeos del cerro Grande y en su recorrido hacia el W, erosiona profundamente a la primera y segunda terraza.

Esta segunda terraza, en la medida en que se extiende hacia el S., aumenta considerablemente su ancho, perdiendo la característica que señalamos recientemente, pues ahora su relieve ya no nos da la impresión de culminar en pequeños cerros debido a que al ascender suavemente hacia el E., se une imperceptiblemente con la primera terraza y al descender hacia el W. lo hace suavemente hasta tomar contacto con la tercera terraza.

La primera y segunda terraza presentan en su extremo S. la ruptura ocasionada por la erosión de las quebradas de Peñuelas y del Culebrón.

La tercera terraza tiene un ancho de 400 m. en su extremo N. y al extenderse hacia el S., a lo largo de 6 kilómetros, lo aumenta paulatinamente.

La cuarta terraza, unida a la tercera por una suave pendiente, cae abruptamente hacia la quinta con un desnivel de unos 12 m. Presenta en su extremo N., inmediato al río, un ancho de 700 m., el que disminuye notoriamente hacia el S.; su longitud es inferior a la de la tercera.

La tercera y cuarta terraza también son cortadas por las quebradas de San Francisco, Peñuelas y Culebrón, pero aquí la erosión ha cavado un lecho mucho menos profundo que en las dos primeras.

La quinta terraza o planicie costera desciende imperceptiblemente hacia el W. hasta empalmar con la playa. Su largo es de unos 10 kilómetros desde la margen izquierda del río hasta el extremo S. de la bahía de Coquimbo. Respecto a su ancho, éste alcanza a 2.000 m. en su extremo N. y desde ahí hacia el S. disminuye hasta terminar en unos 500 m.

Estas terrazas son la consecuencia de los movimientos tectónicos y de la acción del mar y del río. En el plioceno el mar ingresó sobre toda esta región depositando en ella materiales de origen marino, los cuales durante el cuaternario y en los períodos de interglaciación, fueron labrados por el mar lo que, unido a los procesos de solevantamiento, dio origen a la formación de terrazas.

La terraza más desarrollada horizontalmente, y que en este caso equivale a la primera, correspondería a un período de interglaciación más largo y las otras, a períodos más breves; todas ellas se ubican concordantes al mar. También encontramos terrazas ceñidas al río, originadas por solevantamientos que obligaron al río a profundizar su propio cauce.

En las terrazas inmediatas a la costa abunda el material fosilífero mezclado con arena, el cual desaparece más al interior, pues la acción de las quebradas y del río lo han reemplazado por otro de origen fluvial: conos rodados y rodados fluviales.

En un perfil trazado desde el Cementerio al Regimiento, o sea, desde el extremo W. de la terraza principal hasta el techo de la segunda, se ubicaron las siguientes características litológicas:

- a) Suelo vegetal, aproximadamente 0,80 m.

- b) Conglomerado con rodados de 5 cm. de promedio aproximadamente 1 m.
- c) Arenisca amarilla ocre de grano medio, aproximadamente 0,5 m.
- d) Conglomerado con rodados de 5 cm. de promedio, ocupa prácticamente todo el resto de la terraza. En su parte inferior se aprecia un aumento del tamaño medio de los rodados los que tienen un promedio de 0,20 m. y un máximo de 0,60 m.
- e) En la parte superior de la segunda terraza, en un corte contiguo a los jardines del Regimiento, se observan lentes de espesor variable entre 3 y 0,5 m. correspondientes a areniscas gris parduzco claro que engranan lateralmente con lentes de conglomerado.

Como observación general puede decirse que los conglomerados son absolutamente predominantes, como puede observarse en los cortes de algunas quebradas que se observan desde el camino de Alfalfares (al NE. de la ciudad).

La acción del río, como se ha visto, ha originado terrazas concordantes a él; éstas aparecen a una distancia de 2.000 m. de la costa, acusándose en un principio sólo en la ribera N., pero en la medida en que se avanza hacia el E. éstas se presentan a ambos lados.

Para formarnos una idea más exacta de estas terrazas, hemos trazado un perfil C-D que va desde los Llanos de la Compañía por el N. hasta el Cementerio de La Serena por el S., presentando una longitud de 3.600 m.

Existen diferencias entre las terrazas que se ubican al N. y al S. del cauce del río, pues no existe relación entre la pendiente y la longitud que ellas presentan.

Las del lado N. ascienden paulatinamente desde el cauce del río, o sea, desde los 9 m. hasta los 100 m. s. n. m., el que corresponde al límite inferior de la primera terraza. La diferencia de 91 m. que existe entre el nivel de la quinta y la primera terraza, se acusa en una longitud de 2.400 m. En cambio, en las del lado S. para igual diferencia sólo es necesaria una longitud de 1.200 m.

Las pendientes que unen las cinco terrazas del lado N. son suaves, lo que impide hablar de rupturas y si las hubo, la acción de

los agentes erosivos suavizaron a tal extremo sus formas que ahora es imposible describirlas.

Respecto a las terrazas del lado S., la primera cae sobre la tercera con un desnivel de 65 m. debido a que la segunda, por efecto de la erosión, no se presenta. La única terraza que termina suavemente hacia el N. es la cuarta, que empalma imperceptiblemente con la quinta.

Las diferencias de longitud que existen entre las terrazas del lado N. y las del lado S. son las siguientes:

La primera del lado N. es mucho más angosta que la del lado S., pues se encuentra limitada por los cordones montañosos del Brillador, en tanto que la otra no tiene accidente inmediato que la limite.

La segunda ofrece un ancho de 950 m. en tanto que la del lado S. no existe.

El ancho de la tercera es de 350 m. y el de la del S. de sólo 100 m.

La cuarta presenta al N. un ancho de 200 m. y al S. 300 m.

La quinta terraza que corresponde al lecho del río, presenta un ancho de 1.000 m. y su mayor extensión se ubica al lado N. del cauce principal.

Los materiales que componen estas terrazas son principalmente arenas y coluvios y sus suelos de textura liviana permiten una activa explotación agrícola.

La Serena se encuentra en la región en donde empieza el clima de estepa con nubosidad abundante. De acuerdo con Koeppen, esta ciudad debiera estar incluida dentro del clima desértico, pues sus características climáticas no concuerdan con las de un clima estepario. Sin embargo, el profesor Fuenzalida tomando en cuenta factores tales como alta nubosidad, abundantes nieblas y lloviznas, la ha incluido dentro de la estepa con nubosidad abundante.

La Serena nos presenta una temperatura media anual de 14,4° con una oscilación térmica anual de 5,7°. Su nubosidad es abundante, pero, a pesar de ello, las lluvias son escasas, no pasando de tres o cuatro en el año y agrupándose entre mayo y agosto; la pluviosidad anual es del orden de los 100 mm. Resulta interesante señalar que los meses más despejados son junio, julio y agosto.

Los suelos del valle son de textura liviana y los de las terrazas superiores se presentan más gruesos. La vegetación natural tiene un aspecto de matorral relativamente abierto, formado por arbustos de alrededor de un metro y veinte de altura y que tiene un carácter marcadamente xerófito, asociados con yerbas de vegetación primaveral.

Como podemos apreciar, las condiciones naturales que ofrece el sitio son muy favorables para el emplazamiento de la ciudad. Las diferencias de nivel existentes entre las distintas terrazas servirán como excelentes atalayas para prever cualquier ataque por sorpresa; además, las rupturas de pendiente en que éstas terminan servirán admirablemente como murallas naturales para favorecer una fácil defensa.

Su ubicación junto al río les proveerá de un adecuado suministro de agua, tan necesaria no sólo para satisfacer las necesidades de la población, sino que también para asegurar las mínimas condiciones de salubridad exigidas por la época.

La suavidad del clima, la riqueza de los suelos y el agua del río, permitirán la aclimatación de árboles frutales provenientes de Europa, como también el intenso cultivo de diversos granos y el desarrollo de la ganadería. Todo ello asegurará la subsistencia de sus pobladores y les brindará una buena fuente de entradas.

Los materiales de construcción también eran abundantes; las maderas se sacarán de los árboles que crecían en la planicie costera y las piedras se obtendrán de los depósitos de calizas existentes en los alrededores.

Sin embargo, los españoles lejos estaban de sospechar las riquezas del subsuelo, que jugarán un importante papel en el desarrollo de la ciudad, no sólo en sus primeros años, sino también a lo largo de toda su evolución.

La Fundación

Ubicado el sitio, se escogió el lugar destinado para servir de plaza principal y se colocó en seguida, en el centro de ella, la picota de la justicia, que sería el símbolo de la nueva fundación; todo esto aconteció un 26 de agosto de 1549.

Terminadas las ceremonias de la fundación, se procedió a demarcar los límites dentro de los cuales debía extenderse la nueva ciudad. Estos iban desde el río por el N. hasta la quebrada de San Francisco por el S., o sea, desde las actuales calles Cirujano Videla y Almagro hasta la Alameda Francisco de Aguirre. Por el E. llegaba hasta las calles Rengifo y Vicuña y por el W. hasta la Avenida P. P. Muñoz. Sin embargo, de toda esta área sólo se ocupó un pequeño espacio, pues en un principio toda la vida giró en torno a la plaza principal y más aún, junto al costado que actualmente forman las calles Matta y Cordovez, que era donde estaba ubicado el solar que pertenecía a Aguirre y en donde éste hizo construir una pequeña fortaleza que miraba hacia el mar.

Tres años después de su fundación, y a pesar de que aún La Serena no había experimentado ningún auge notable, el Rey la elevó a la categoría de ciudad por Real Cédula del 4 de mayo de 1552.

Los Primeros Años

La ciudad se desarrolló en sus primeros años de manera muy lenta, pues no era sino una avanzada hacia el Norte que tenía como función práctica controlar a los indios de la región y dar seguridad a los españoles en su viaje al Perú.

La pacificación de los indios de la región, permitió a los españoles dedicarse con mayor tranquilidad a las actividades agrícolas y mineras, especialmente a la minería del oro, llegando a ser tan importante este rubro que se autorizó la instalación de una casa de moneda, idea que sólo quedó en el papel. Sin embargo, este auge de la naciente ciudad fue contrarrestado por la escasez de mano de obra indígena, la que era tan necesaria para aumentar las explotaciones agrícolas y mineras; como también por el hecho de que Valdivia repartió todas las tierras que iban desde el valle del Choapa hasta el valle del río Copiapó sólo entre ocho vecinos, lo que disminuyó considerablemente el interés de otros españoles por venir a la región.

Este corto período de auge va a ser interrumpido por una serie de acontecimientos políticos producidos a consecuencia de la muer-

te del Gobernador don Pedro de Valdivia, pues, acaecida ésta, se planteó el problema de quién sería su sucesor, lo que hizo surgir una agria disputa entre Francisco de Aguirre y Francisco de Villagra, ya que ambos reclamaban para sí la gobernación.

Ante estos hechos el Virrey del Perú intervino nombrando a su propio hijo, García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile. Una vez que éste tomó posesión de su cargo, ordenó la prisión y el destierro al Perú de Villagra y Aguirre.

Francisco de Aguirre, el más conspicuo vecino de La Serena, dueño de las mejores tierras, de las más numerosas encomiendas y de los más ricos lavaderos de oro, debió dejar todo abandonado al salir a cumplir su destierro. Esto trajo como consecuencia la casi paralización de las faenas agrícolas y mineras, produciéndose una crisis económica dentro del pequeño núcleo urbano de La Serena de esa época. A lo anterior tenemos que agregar el hecho de que en 1575 la situación del país era caótica, pues los indios de Arauco se habían rebelado, obligando a los españoles a despoblar las ciudades de hombres en edad de cargar armas y como ellos eran el motor de la economía, esto agudizó aún más la decadencia de la ciudad.

A fines del siglo XVI, la ciudad se había extendido por el Norte hasta la actual calle Colón, por el sur continuaba siendo limitada por la Quebrada de San Francisco, por el E. llegaba hasta O'Higgins y por el W. hasta P. P. Muñoz.

Las calles sin pavimento alguno, eran recorridas de E. a W. por acequias que se desprendían de la acequia madre de la ciudad, la que corría entre las actuales calles Brasil y Zorrilla, continuando luego en dirección al Sur entre las calles Vicuña y Cienfuegos, para seguir sólo por Vicuña hasta terminar en la Quebrada de San Francisco. Esta acequia nacía del río Elqui, nueve kilómetros al E. de la ciudad.

Además de la Plaza Principal, la ciudad poseía pequeñas plazuelas frente a los conventos de San Francisco, de la Merced y los Jesuitas.

Los edificios públicos, tales como el Cabildo, la Cárcel y el Hospital, ubicados todos frente a la Plaza Principal, no pasaban de ser pobres construcciones de adobe con techo de totora.

Fuera de la iglesia Matriz, habían surgido otros conventos: el de los Franciscanos y el de los Mercedarios, los que se instalaron en la ciudad poco después de su fundación y ocuparon los mismos sitios que hoy poseen (Balmaceda esquina de Eduardo de La Barra y Balmaceda esquina de Prat, respectivamente). Los Agustinos fueron otros de los primeros en instalarse, ocupando la manzana que queda entre las actuales calles Brasil, Carrera, Colón y Matta. En 1593 se instalaron los Jesuitas en el sitio que hoy ocupa la iglesia de San Agustín (Cienfuegos esquina de Cantournet), levantando allí no sólo un convento, sino que también una escuela de primeras letras.

El aspecto que presentaba la ciudad era muy especial, pues las casas se encontraban dispersas en medio de los huertos y arboledas, pareciendo más que una ciudad, sólo una pequeña aldea.

En las construcciones se utilizaba la quincha embarrada, el adobe y la totora; la piedra caliza, que abundaba en las canteras de Peñuelas, sólo se empleó en parte de la construcción de las iglesias de San Francisco y La Merced.

La población alcanzaba aproximadamente a unas 900 personas: 100 españoles y 800 indios tributarios (en C. Errázuriz, T. I, 332).

En esta época una de las principales actividades de la región era la agricultura, primando los cultivos de trigo, cebada y maíz. Además, se había introducido gran cantidad de árboles frutales y ya existían importantes viñedos. Los cultivos se realizaban en el valle, y los campos cercanos a la ciudad se habían dividido en pequeñas chacaras que se distribuyeron entre los vecinos.

Como vemos, a fines del siglo XVI La Serena se esbozaba como un pequeño centro administrativo de una región cuya principal actividad económica era la agricultura.

IV — SU EVOLUCIÓN DURANTE LA EPOCA COLONIAL

La Ciudad en el Siglo XVII

Durante el siglo XVII el desarrollo urbano fue muy lento y sólo a fines de éste el trazado original de la ciudad fue completado.

Al iniciarse el siglo, el número total de casas era de 46, de las cuales sólo 11 tenían techo de tejas y el resto eran simples construcciones de quincha y totora; todas estas casas se agrupaban entre las actuales calles Colón por el N., hasta la Avenida Francisco de Aguirre por el S. y desde O'Higgins por el E. hasta P. P. Muñoz por el W.; fuera de esta área se ubicaba el convento de los jesuitas.

En 1657 la población era de 700 personas, de las cuales 300 eran hombres y 400 mujeres (en Encina, IV, 129). Las actividades principales de la población eran la agricultura, la ganadería y la minería. La ganadería se practicaba en las haciendas del interior del valle y las actividades mineras giraban en torno a la explotación de las minas de cobre de Tamaya y Brillador, cuya producción era enviada al Perú para la fabricación de cañones. El oro era activamente explotado en los lavaderos de Andacollo.

Desde 1660 se nota un nuevo auge, el que va a ser interrumpido por el incendio que llevó a cabo el corsario inglés Sharp, el 16 de diciembre de 1680.

A este respecto, el escribano de la ciudad, Nicolás Ramírez, en uno de los párrafos de su informe dice lo siguiente: "I luego en diez y seis de dicho mes y año, pusieron fuego a lo más del caserío del pueblo quemaron así mismo las casas del Cabildo, la iglesia mayor, el convento e iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, el Colejio de la Compañía de Jesús, su capilla, i una hermita de Santa Lucía".

Los pocos buenos edificios que poseía la ciudad fueron destruidos, salvo el de la iglesia de San Francisco. Esta tragedia va a dejar profundas huellas en el crecimiento urbano, pues sus funestas consecuencias se van a arrastrar durante todo el siglo XVIII.

Una vez producido este hecho, el Cabildo solicita al Rey la fortificación de la ciudad y que se la dote de una casa de armas. Además de inmediato dicta normas para llevar a cabo la rápida reconstrucción de ella.

De los edificios públicos, el primero en reconstruirse fue el Cabildo, que constaba de un corredor y dos piezas, una de las cuales fue destinada a servir de cárcel. Los otros se levantaron con mayor lentitud, tal fue el caso del Hospital.

De las iglesias y conventos, la que más demoró en ser reconstruida fue la matriz, cuya edificación se inició en 1681 y sólo se terminó en 1741.

En 1680 se instaló en la ciudad un nuevo convento, fue éste el de los dominicos, que ocupó el área encerrada por las actuales calles Cordovez, Eduardo de la Barra, Matta y P. P. Muñoz.

Sin embargo, las aspiraciones del Cabildo sólo se cumplieron parcialmente, pues los principales vecinos se retiraron a sus haciendas dejando abandonados sus solares y sin iniciar las obras de reconstrucción.

En 1686, un nuevo corsario, el inglés Davis, desembarcó en la región, llegando incluso a penetrar en la ciudad, pero fue rechazado violentamente por los vecinos, debiendo refugiarse en el convento de Santo Domingo y luego emprender la retirada sin causar daños de consideración.

Todas estas inseguridades hicieron pensar seriamente al Cabildo en el traslado de la ciudad a un lugar más alejado de la costa, el que podría estar a orillas del río Limarí. Los vecinos decidieron solicitar esto a la Real Audiencia, organismo que lo rechazó, en vista de lo cual insistieron elevando ahora su petición al virrey del Perú, quien autorizó el traslado siempre que éste fuera hecho a expensas de los propios vecinos y no del Rey.

Al saberse esta respuesta en La Serena, muchas familias abandonaron la ciudad y, poco a poco, ésta fue quedando casi des poblada. Ante esta situación, el Cabildo reaccionó con energía y castigó con severas multas a todo aquel que abandonara la ciudad sin solicitar un permiso especial. Con esta medida se evitó el despoblamiento total y ya en las últimas décadas de este siglo, vemos como las autoridades y vecinos reinician la obra de reconstrucción.

La ciudad en el siglo XVIII

El siglo XVIII se caracterizó por los numerosos cambios que se produjeron en Chile como consecuencia de la nueva política administrativa instaurada por los Borbones, y que se manifestó especialmente por la rigurosa selección de los funcionarios administrativos. Estos funcionarios, y en especial los gobernadores, se preo-

cuparon en todo momento de fomentar las actividades regionales, creando nuevas industrias destinadas a satisfacer las crecientes necesidades surgidas a raíz del desarrollo científico y técnico.

Esta nueva política influyó en el desarrollo de La Serena, la que por estar ubicada en un distrito minero importante, llegó a ser el principal centro de trapiches, fundiciones y talleres de cobre.

Los únicos planos coloniales de la ciudad datan de este siglo, es así como tenemos uno de principios de siglo que pertenece a Frezier (ver fig. N° 5), otro de mediados de siglo cuyo autor es desconocido (ver fig. N° 6) y uno de fines de siglo que pertenece a Rico (ver fig. N° 7). Para estudiar la evolución de la ciudad durante este período hemos tomado como base estos tres planos ya que se reparten armoniosamente dentro de él.

Los límites que nos dan son: al N. el río Elqui, al S. la actual calle Amunátegui, al E. la acequia madre de la ciudad o bien la parte E. de la tercera terraza y al W. el borde de la cuarta terraza sobre la planicie costera.

Es posible apreciar, en relación con el siglo anterior, que existen algunas diferencias, pues ahora el desarrollo urbano, a pesar de haber sido muy lento, fue capaz de salvar el accidente natural de la quebrada de San Francisco y extenderse al S. de ella en la superficie que hoy encierran por el N. la Avenida Francisco de Aguirre, por el S. la calle Amunátegui, por el E. la Avenida Larraín Alcalde y por el W. la prolongación de la Avenida P. P. Muñoz y de la calle del Santo. A este sector se le designó con el nombre de Arrabal de la Chimba.

La extensión de la ciudad hacia el S. no se debió a razones de seguridad, pues si hubiera primado este factor se habría escogido la parte E. que ofrecía óptimas condiciones de defensa. El factor determinante en este caso fue el fácil abastecimiento de agua, gracias a la prolongación del canal de la población y también, el camino que unía a La Serena con el puerto de Coquimbo. Tal comunicación era importante, pues ya en el plano de principios de siglo aparecen instaladas en esta área forjas de cobre cuya producción era embarcada en Coquimbo con destino al Callao. Junto a estas forjas existían también pequeñas artesanías en donde se trabajaba el cobre y cuya producción era enviada a Santiago.



PLANO DE FREZIER

Más adelante el sector tomó un carácter más residencial y es así como en el plano de mediados de siglo se señaló dentro de éste una capilla, la de San Miguel de la Chimba y un hospital, el de San Juan de Dios. A pesar de que en este plano aparece la ciudad enteramente amurallada, tales fortificaciones sólo existieron en la imaginación del autor, pues las únicas murallas que defendieron a La Serena se ubicaron al sur de la Chimba a lo largo de la actual calle Amunátegui. Sin embargo, al autor de este plano ubica las

murallas del costado S. a lo largo de la quebrada de San Francisco, lo que no guarda relación con la realidad, aún cuando dichas fortificaciones empezaron a construirse en 1730.

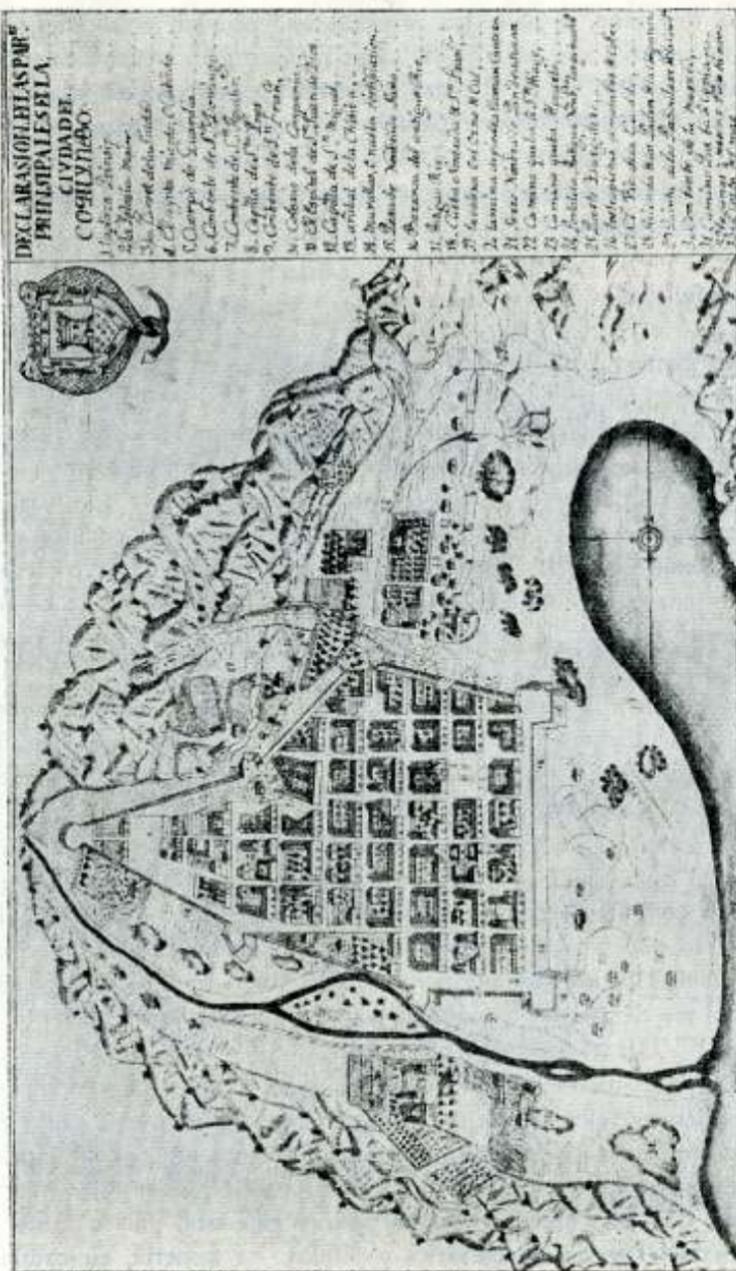
Estas murallas eran de adobe y poseían una serie de torreones en los cuales podía emplazarse la artillería. La ciudad se comunicaba hacia el S. a través de una puerta que recibía el nombre de la Portada y que se ubicaba en la actual Avenida Brasil frente a la calle Amunátegui.

En el plano de fines del siglo XVIII aparecen claramente marcadas las murallas, la portada y los torreones.

La ciudad también se extendió hacia el W. sobre la quinta terraza, pero allí las casas se presentaban dispersas, como lo demuestra el plano de mediados del siglo XVIII; ello se debió a lo pantanoso del terreno ya que tales casas se dedicaban a trapiches de cobre, por lo cual esta área no alcanzó la categoría de un nuevo barrio, como hemos visto que sucedió con la barriada de San Miguel de la Chimba.

Respecto a la forma que nos ofrecía la planta de la ciudad, podemos decir que ésta era bastante irregular, pues en el límite N. tenía un ancho superior a los 800 m. en tanto que en el límite S. este ancho alcanzaba sólo a 500 m.; el largo de la ciudad también era variable, pues en su extremo NE. era sólo de 200 m. en tanto que al W. era superior a los 900 m. Esta forma irregular se debió a que la ciudad se cionó a la superficie de la cuarta terraza, la que se angosta hacia el E. en tanto que al W. se abre considerablemente hasta caer, a través de una brusca ruptura de pendiente, sobre la planicie costera. Además, influyó también el hecho de que por el borde E. de la cuarta terraza corría el canal de abastecimiento de la población, el cual sólo podía abastecer a la cuarta y quinta terraza, pues debido a la altura era imposible llevar el agua hacia las más altas. Esto nos explica la extensión de la ciudad sobre la cuarta terraza y los trapiches que se instalaron sobre la quinta.

Para ver las características que presentaba la ciudad desde el punto de vista de sus construcciones, basta extractar del informe de don Ambrosio O'Higgins que la visitó en 1789, el siguiente párrafo: "Desde la primera visita que dí a esta ciudad, no pude reconocer sin admiración, que siendo la más antigua después de la ca-



pital del reino, se halle tan atrasada en vecindad y edificios, que se encuentran sino muy pocas casas regularmente construidas y las demás, incluso las de la plaza, enteramente caídas y en solares sin tapiar, no siendo menos reparable que muchas del centro del pueblo, y por lo común todas las de los extremos, tienen las cercas y hasta las quinchas de sus ranchos de sólo paja de totora tan expuestas a incendios”.

Conclusiones

La Serena pasa todo el período colonial sin experimentar un gran crecimiento a pesar de poseer, de acuerdo a los planos del siglo XVIII, dos sectores bien definidos: uno ubicado al N. de la quebrada de San Francisco y que fue el sector urbano demarcado por sus fundadores y otro al S. de dicha quebrada y que surge a principio del siglo XVIII, pudiendo ser considerado como el primer suburbio de La Serena, al igual que el área de la parte W. en la cual se instalaron algunos trapiches. Como vemos, la ciudad necesitó un siglo y medio para extenderse más allá de su límite inicial.

Respecto a la estructura urbana, ésta no sufre grandes cambios, pues la ciudad continúa presentando la fisonomía de una aldea circunscrita a la cuarta y quinta terraza debido a la tiranía que ejerce sobre ella el abastecimiento de agua.

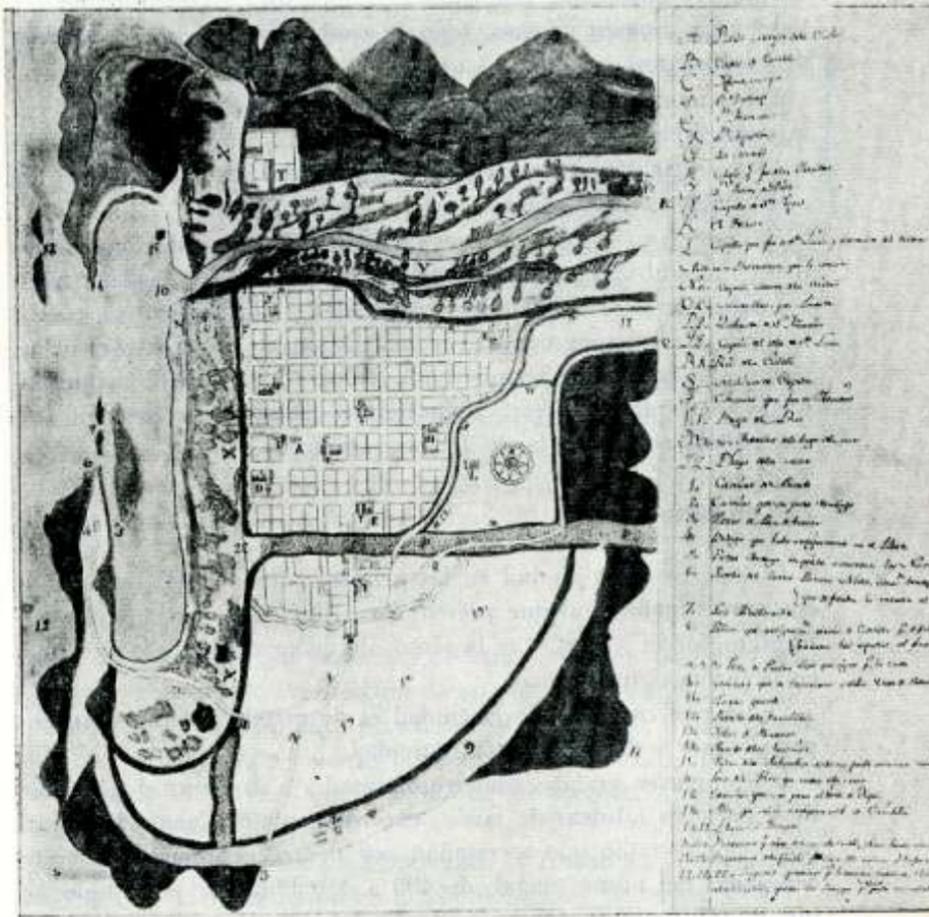
En cuanto a las construcciones no debemos olvidar que al finalizar el siglo XVII las casas y los principales edificios públicos estaban completamente destruidos debido al incendio de 1680. Es por eso que no debe sorprendernos el desolador informe de Ambrosio O'Higgins, anteriormente citado, pues de él se deduce que las obras de reconstrucción necesariamente avanzaron durante el siglo XVIII, pero con un ritmo lento.

Las actividades económicas giraron en torno a la agricultura, ganadería y minería; las dos primeras repercutieron más en la región que en la ciudad misma y esto se debió a que los principales vecinos residían en sus haciendas, pues éstas les daban mayor seguridad que La Serena, vecina al mar y expuesta, por lo tanto, a probables saqueos de corsarios y piratas. La minería, en cambio,

fue determinante en la evolución de la ciudad, pues ésta en el siglo XVIII se convirtió en centro elaborador de cobre.

La población aumentó paulatinamente a lo largo de toda esta época, llegando a ser en 1798 superior a 3.000 habitantes (en Concha, 39).

En este período, la ciudad puede ser considerada como un centro administrativo de una región en la que predominan las actividades mineras y agropecuarias.



V — LA CIUDAD EN EL SIGLO XIX

El siglo XIX significará para La Serena una revolución urbana, pues de simple aldea se convertirá en una ciudad centro de una activa región minera y agropecuaria.

El descubrimiento y explotación de nuevas minas de cobre, en las cuales se aplicarán los últimos adelantos técnicos, significará un auge extraordinario para el desarrollo de la actividad industrial. Se levantarán numerosas fundiciones, se construirán ferrocarriles, se habilitarán nuevos puertos, todo lo cual atraerá a gran cantidad de inmigrantes.

Este auge minero-industrial repercutirá en la agricultura, pues se construirán nuevos canales que aumentarán las áreas de cultivo y se iniciará una agricultura especializada que girará en torno a los viñedos y a las plantaciones de árboles frutales.

La Serena pasa a ser el centro industrial, comercial, administrativo y cultural más importante del Norte. Las industrias crean nuevos suburbios; las actividades comerciales y administrativas transforman la estructura urbana; la instalación de colegios y escuelas técnicas la convierten en un centro cultural de primera magnitud y ello nos explica la presencia de figuras científicas de prestigio internacional como fue la de Ignacio Domeyko.

Los primeros años

El aspecto de la ciudad en las primeras décadas del siglo XIX era muy semejante al que presentaba a fines del siglo anterior, al respecto Julián Mellet, que la visitó alrededor de 1815, la describe en la forma siguiente:

“El mayor comercio de la ciudad es de metales; el de cobre especialmente se hace con gran actividad.

Se construyen grandes calderos destinados a preparar el sebo que sirve para las fábricas de jabón, cacerolas, platos, fuentes, y otras obras por el estilo que se estañan por dentro. También se hacen campanas del mismo metal, de 400 a 450 libras de peso, todo lo que se transporta a diferentes provincias del reino, como las que dependen de Buenos Aires.

La construcción de la ciudad es bastante bonita, y las calles son anchas y rectas; pero mucho me asombró de ver, que a pesar de las riquezas del país, la mitad de las casas estaban cubiertas con totora, especie de junco marino que crece en los pantanos y de hoja muy ancha. Cuando se desea pueden regarse las calles con pequeños arroyos conducidos con bastante arte.

La ciudad tiene seis conventos de religiosos y dos iglesias, todas adornadas con la mayor riqueza y poco común lujo.

Está amurallada y considerada como plaza fuerte o ciudad de guerra, y aunque sus fortificaciones no son de las más importantes, tienen sin embargo, algunas piezas de artillería en sus murallas.

El jefe de esta ciudad, que lleva el título de sub-delegado y comandante de armas, era en mi tiempo, don Manuel A. Matta. Su población era de seis mil habitantes, un tercio de blancos".

De lo anterior se deduce que la actividad económica que prima en la ciudad es la fundición y artesanía del cobre, lo que es una consecuencia de la intensa explotación minera que se practica en la región. Esta nueva actividad producirá enormes riquezas, las que incrementarán no sólo el desarrollo minero sino que también la agricultura, la industria y el comercio, todo, lo cual repercutirá directamente en La Serena, transformando completamente su estructura urbana. Estos cambios van a ser mucho más notorios a partir de 1840, época en la cual ya la ciudad empezará a perder definitivamente su fisonomía de aldea.

Forma y Límites

Los únicos planos que poseemos de esta época son uno de 1881 y otro de 1895; para la confección de este último se tomó como base el de 1881 y por lo tanto no existen diferencias de importancia entre uno y otro. Para nuestro estudio nos limitaremos al análisis del plano de 1881 (ver fig. N° 8) el que fue ejecutado por Adolfo Formas y Luis Lefait.

Si comparamos la forma que presenta la ciudad en el plano de 1881, con la que presentaba en el plano de fines del siglo XVIII, veremos que es totalmente distinta, pues ahora su planta es casi cuadrada, ya que los espacios libres que se ubican al SE. de la ciu-

dad, empezaron a ser ocupados desde 1800 adelante. Esta nueva planta comprende unos cien espacios construidos, cuya forma es por lo general cuadrada o rectangular, y se encuentran separados entre sí por calles generalmente rectas y que se orientan de E. a W. y de N. a S.

Sus límites eran: al N. con la calle de la Barranca del Río (Cirujano Videla y P. Flotto) y de Almagro. Como vemos, su límite N. no ha sufrido variación alguna.

Al S. limitaba con la calle de San Miguel (Amunátegui) la que se trazó en un principio a lo largo de las murallas que protegían a la ciudad, pero luego su trazado se prolongó por más de 400 m. hacia el E., pues la ciudad después de 1852 creció en tal dirección. Las murallas no aparecen aquí señaladas porque desde principios de siglo empezaron a demolerse para utilizar su material en otras construcciones, ya que habían dejado de cumplir su función defensiva.

Al W. la ciudad limitaba con el extremo E. de la planicie costera y avanzaba sobre ella en un trecho de 50 m. hasta donde corría el desagüadero de la ciudad.

El límite E. sufre grandes cambios, pues la ciudad se extendió en tal dirección más que en ninguna otra y esto permitió que surgieran dos nuevos barrios: uno al E. y otro al SE. de la tercera terraza.

Los nuevos barrios

El barrio que surgió el E. de la ciudad se denominó de Santa Lucía y el del SE., de Quinta; ambos aumentaron el radio urbano en unas 27 manzanas.

Barrio de Santa Lucía

El más extenso era el barrio de Santa Lucía y lo limitaban: al N. la prolongación de la calle de la Recova (Zorrilla), al S., la calle Colo Colo, al E. la calle de Vosco (Justo Donoso y Castro) y al W. la calle Vicuña.

Posee cinco calles que corren en dirección N. a S. y cinco de E. a W.; estas calles no empalman directamente con el trazado de las

de la primitiva ciudad, lo que se debe en gran parte a la diferencia de nivel que existe entre el sitio primitivo y el del nuevo barrio y también al hecho de que el Cabildo no consideró en un principio este sector como una prolongación de la ciudad y al dividirlo en solares no se preocupó del trazado de las calles. Además, los solares ubicados en el límite E. de la antigua planta cerraban las calles que corrían en dirección E. a W.; un buen ejemplo de esto lo constituyó el antiguo convento de los jesuitas, que como hemos dicho, se ubicaba en el extremo E. de la calle de San Agustín (Prat) y cuya iglesia cerraba esta calle impidiendo luego su prolongación hacia el E. y es así como al trazarse la calle de Cantournet, que sería la prolongación de la de San Agustín en el barrio de Santa Lucía, no empalmaron ambas y para hacerlo hay que recorrer más de 15 m. por la calle de Cienfuegos que corre en dirección N. a S.

Respecto a los espacios construídos, éstos varían no sólo en cuanto a su forma, sino que también a su extensión; tales diferencias se han originado por los mismos factores que acabamos de señalar al referirnos a las características de las calles.

Barrio Quinta

En relación al barrio Quinta, este empezó a formarse después de 1852; posee un total de nueve manzanas limitadas al N. por la calle Colo Colo, al S. por la calle de San Miguel (Amunátegui), al E. por el camino de la Pampa Alta (Juan Cisternas) y al W. por la calle del Hospital (Larraín Alcalde). El trazado de sus calles que corren de N. a S. son la prolongación de las que ya existían en el Barrio de San Lucía y las que lo hacen de E. a W. corresponden a la prolongación de las del barrio de San Miguel de la Chimba. Sus espacios construídos tienen generalmente forma rectangular y una superficie variable.

Los espacios libres

Las calles de la ciudad siguen la dirección N. a S. y E. a W., pero a pesar de esta orientación general, existen diferencias en

cuanto a su continuidad, pues no se extienden directamente a lo largo de toda la ciudad. Ello se debe, como ya hemos visto, a que sus barrios fueron surgiendo en distintas épocas y además se emplazaron sobre diferentes sistemas de terrazas.

Las calles que siguen la orientación N. a S. y E. a W. son las trazadas en la primitiva planta de la ciudad y las que más se alejan de esta orientación son aquellas que se ubican en el desnivel que une esta primitiva planta o cuarta terraza con el alto de Santa Lucía o tercera terraza. Las del barrio de San Miguel de la Chimba, también presentan una orientación diferente y ello se ha debido a que en un principio fueron simples callejones destinados a comunicar los predios agrícolas del sector; un buen ejemplo lo constituye la calle Sola (Regimiento Coquimbo) que corre en dirección NE. a SW.

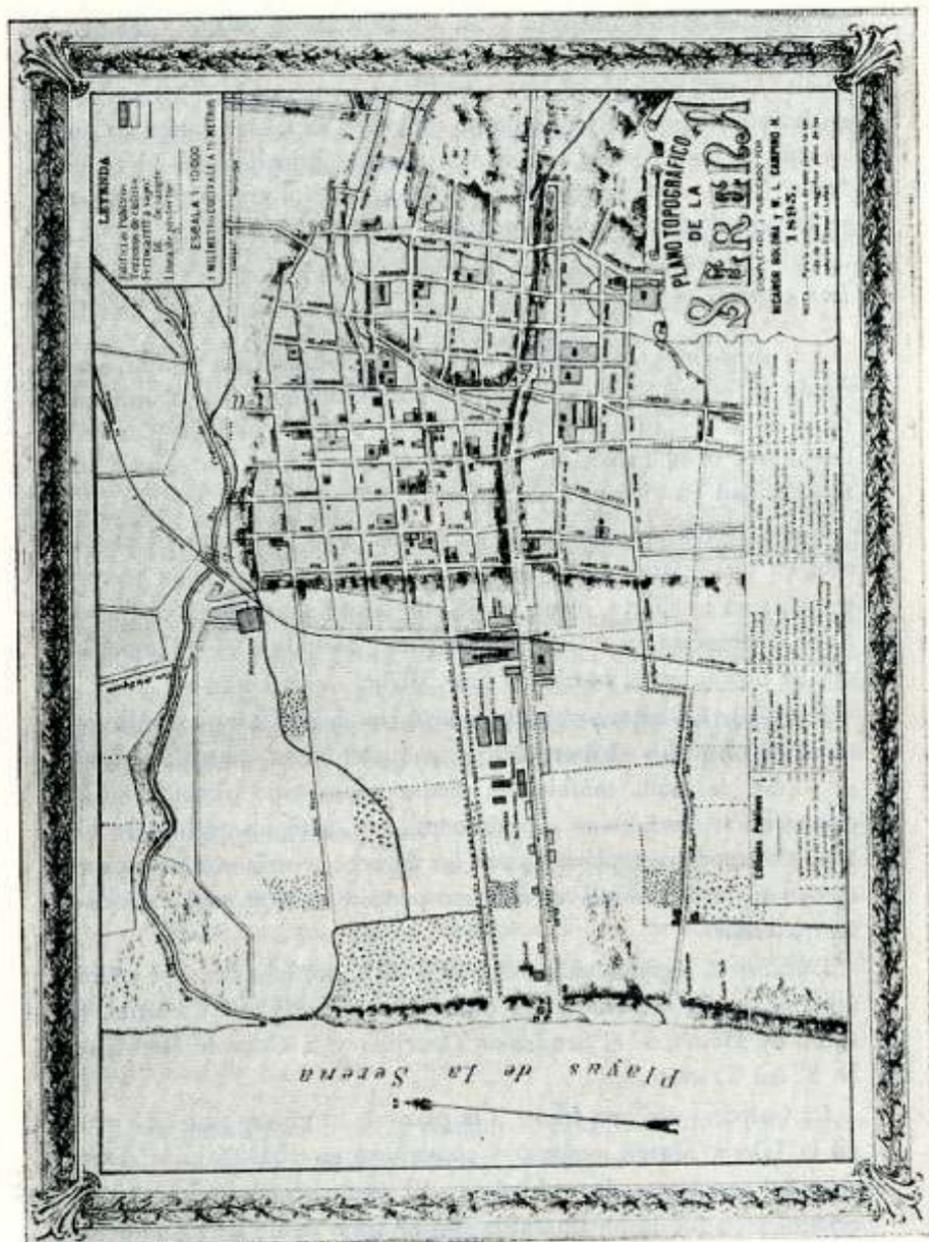
Las calles eran amplias y se encontraban muy bien empedradas. Las aceras del sector central eran de pizarra importada de Alemania y en las otras se utilizaba greda o bien gravillas que recibían el nombre de "porotitos".

Respecto a los paseos públicos, los primeros fueron creados durante este siglo. En 1821 surgió un esbozo de parque, que sólo fue un pequeño conjunto de álamos ubicados en la parte S. de la ciudad, allí donde empezaba el camino de la Pampa.

Más importante que el anterior fue la Alameda, la que se extendía en dirección E. a W. hasta llegar a la costa misma. Este paseo corresponde actualmente a la Avenida Francisco de Aguirre y empezó a construirse en 1855. Para construirlo fue necesario rellenar la quebrada de San Francisco, construyéndose dos pequeños cauces de piedra caliza, en cuyos bordes se plantaron gran variedad de árboles que formaron una calle central que se utilizó como paseo y a ambos lados de ésta, estaban las laterales que se dedicaban al tránsito de vehículos.

Después de 1850 la plaza principal también se convirtió en un paseo público al plantar en su contorno un conjunto de árboles y colocar en su jardín central una fuente que se trajo de Inglaterra.

La ciudad poseía también numerosas plazuelas, las que se situaban ya sea frente a una iglesia, a un edificio de abastecimiento o en la intersección de varias calles. Las ubicadas frente a una igle-



PLANO DE 1895

sia eran las más numerosas y así tenemos las de Santo Domingo, La Merced, San Juan de Dios, Santa Inés, San Agustín y Santa Lucía. Como ejemplo de las segundas tenemos la del Mercado y en la intersección de un conjunto de calles, la de las Cinco Calles, situada frente a donde hoy está la entrada principal del Liceo de Niñas. Todas estas plazuelas eran por lo general empedradas y poseían un pilón en donde la gente se abastecía de agua.

Los espacios construidos

Las superficies construidas tenían casi siempre una forma cuadrada o rectangular. Las primeras correspondían a la planta antigua de la ciudad y su extensión era de 109 m. por lado. Las rectangulares se ubicaban en los otros sectores y casi no existía homogeneidad en cuanto a su tamaño.

Las mayores irregularidades en cuanto a su forma las encontramos en los espacios ubicados en la pendiente que une la tercera terraza con la cuarta, o sea, al SE. de la antigua ciudad. Respecto a las diferencias en cuanto a superficie, abundan en los espacios que se ubican en el barrio de San Miguel de la Chimba.

En 1781, La Serena contaba con cerca de mil casas, por lo general de un piso y el material que primaba en su construcción era el adobe; se usaba también la piedra caliza especialmente en la construcción de iglesias y portales. Los antiguos techos de totora son ahora reemplazados por los de teja, tejuela y zinc, ya que el activo comercio con el exterior permite utilizar esta variedad de materiales.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los edificios que sobresalieron por su construcción y estilo fueron: la Iglesia Catedral, el Liceo de Hombres, el Seminario Conciliar y la Casa de Retiro de N. S. del Tránsito.

La Catedral ubicada frente a la plaza en el mismo sitio que ocupó la Iglesia Matriz, empezó a construirse en 1844 bajo la dirección del arquitecto Juan Herbaje. El material que primó en su construcción fue la piedra caliza que se trajo desde las canteras de Peñuelas. Posee tres naves y su estilo interior es romano.

El Liceo de hombres, ubicado en el barrio de Santa Lucía, ocupaba el espacio encerrado, por las calles Cantournet, Rodríguez, Infante y Gandarillas; su edificio fue terminado en 1886.

Otro edificio importante, ubicado también en el Barrio de Santa Lucía, fue el Seminario Conciliar, que ocupa el costado E. de la calle Rodríguez entre Las Casas y Lautaro.

El Liceo de Hombres y el Seminario Conciliar son edificios de dos pisos y el material empleado en su construcción fue el adobe, el zinc y el pino de Oregón. Respecto al estilo, resulta difícil definirlo, pues no tiene una línea arquitectónica que destaque.

En el barrio de San Miguel de la Chimba y en el costado oriente de la calle del Tránsito (Andrés Bello) entre San Juan de Dios (Juan de Dios Pení) y San Miguel (Amunátegui) se levantó la iglesia y casa de retiro de N. S. del Tránsito. Esta construcción es de adobe, posee un solo piso y cuenta con más de cien habitaciones; en su estilo no tiene nada especial y se asemeja mucho a las tradicionales casas patronales de nuestras haciendas.

Gran cantidad de otros edificios se construyeron en esta época. Las iglesias de Santa Lucía, de San Agustín, de San Juan de Dios y de Santa Inés y los conventos del Sagrado Corazón y de los Capuchinos. En 1851 se construye en la esquina NE. de las calles del Teatro (Brasil) con O'Higgins, la primera sala de espectáculos de la ciudad.

Como vemos, durante este período las construcciones de importancia no estuvieron circunscritas sólo a la parte central de la ciudad, sino que se extendieron por todos los barrios, saliendo incluso de los límites urbanos. Buenos ejemplos de esto último son el convento del Buen Pastor y la iglesia de San Isidro, ubicados frente al camino de la Pampa.

La función de los sectores y barrios

La primitiva planta de la ciudad, o sector central, era el centro de la vida administrativa, comercial y bancaria de la ciudad. En los alrededores de la plaza se ubican: la Municipalidad, la Corte de Apelaciones, los Juzgados, las Notarías, la Tesorería y otras oficinas públicas; en las calles Catedral (Cordovez) y Merced

(Balmaceda) se ubicaban las principales casas comerciales, los bancos y los hoteles.

El barrio de Santa Lucía era residencial por excelencia, pero también poseía los mejores colegios de la ciudad: el Liceo de Hombres, el Seminario Conciliar y el Colegio de Señoritas de los Sagrados Corazones, ubicado en la calle Vicuña frente a San Francisco (E. de la Barra). Además, en el extremo NE. del barrio se encontraba el monasterio de la Providencia junto con la Casa de Huérfanos.

El barrio de San Miguel de la Chimba también era residencial, pero tenía un carácter más popular. Encontrábase en él edificios públicos importantes tales como el Hospital, el Lazareto y el Hospicio.

El barrio Quinta, ubicado al E. del anterior, era un sector residencial y su principal construcción fue el convento de los Capuchinos los que se instalaron allí en 1857.

Radio de acción de la ciudad

Fuera de los límites urbanos, la ciudad irradiaba su influencia a sectores que podían perfectamente ser considerados como suburbanos. La mayor influencia se ejerció hacia el S. en el camino de la Pampa, el que constituyó desde la época colonial un importante factor de atracción para la vida urbana. Desde 1833 fue considerado como suburbano al abrirse la calle de la Pampa, lo que permitió la instalación de nuevos vecinos en el sector y la construcción del convento del Buen Pastor y de la iglesia de San Isidro.

Al W. de la ciudad tenemos la planicie costera, la que a pesar de estar muy próxima a la plaza principal, no ejerció influencia alguna para la extensión de la ciudad en tal dirección. Ello se debió a que tales terrenos, conocidos con el nombre de las Vegas, recibieron durante la época colonial las aguas de las acequias que corrían por las calles trazadas de E. a W., lo que acentuó el carácter pantanoso que tenía la planicie costera. A pesar de ello, durante este siglo se trazaron varios caminos que llegaban hasta el mar; así teníamos uno frente a la calle Almagro, otro frente a la calle de la Catedral (Cordovez) y más al S., la prolongación de la Alameda (Avenida Francisco de Aguirre). Sin embargo, nin-

guna de ellas ejerció atracción para que allí se prolongara el núcleo urbano, salvo en el costado N. de la Alameda en donde a lo largo de 250 m., al W. de la calle de la Barranca del Mar (P. P. Muñoz), se instalaron algunos edificios importantes como eran la fábrica de gas y la estación de los ferrocarriles.

Hacia el N. y el E. no surgió ningún sector suburbano, pues aún cuando existían dos caminos, uno que iba al N. hasta Copiapó y otro al E. hasta Vicuña, ninguno de ellos fue centro de atracción, pues el río por el N. y el pronunciado desnivel que existe entre la ciudad y la terraza principal por el E., impidieron las construcciones; hace excepción a ello el Cementerio, que se ubicó sobre esta terraza en el costado N. del camino que va a Vicuña.

Circulación, comunicaciones y abastecimientos

Desde La Serena salían caminos hacia el N. S., y E. El primero la unía con Copiapó; el segundo, con el puerto de Coquimbo, Ovalle y Santiago y el tercero con Vicuña. Además el ferrocarril la comunicaba con el puerto de Coquimbo y con los pueblos del interior del valle del Elqui. La Estación se ubicaba al poniente de la ciudad, en la planicie costera, entre las calles de San Francisco (E. de la Barra) y la Alameda.

Una empresa de diligencias, situada en el costado N. de la Plaza, la unía con Vicuña y otras ciudades del país.

En 1866 se inauguró el servicio de telégrafos, que funcionó en el edificio de la Corte de Apelaciones. Este servicio comunicaba a la ciudad con cualquier punto importante del país.

La ciudad era abastecida de verduras, hortalizas y frutas por los huertos y quintas vecinas. Estos frutos llegaban a la población a través de un mercado, el que se ubicaba en el espacio que encerraban las calles Cienfuegos, Recova (Zorrilla), Cantournet y Renjifo.

Las haciendas del interior del valle le suministraban vinos, granos y carne; este último producto se distribuía por medio de un matadero que se ubica al NW. de la ciudad, en el punto denominado la Cruz del Molino.

La ciudad carecía de servicios vitales tales como agua potable, y alcantarillado y el primero sólo llegaba a la población a través

de los pilones y fuentes instaladas en las plazuelas. El alumbrado se hacía por medio de gas de hidrógeno y el gasómetro estaba instalado en la Alameda (Fco. de Aguirre) al costado E. de la Estación de los Ferrocarriles.

Conclusiones

Los grandes cambios operados en la forma del plano de la ciudad y las transformaciones en su estructura, se han originado por el gran auge minero que se desarrolló en la provincia de Coquimbo.

En 1841 se explotaban en el distrito de La Serena 412 minerales de cobre; en 1870 este número subió a 1.756, o sea, que en 29 años hubo un aumento de un 426%. En este mismo período los hornos de fundición aumentaron de 14 a 46, con un porcentaje de aumento de 328%.

En los alrededores de La Serena, surgieron importantes centros de fundiciones de cobre; así teníamos los de la Compañía, Coquimbo y Guayacán; el primero instalado a tres kilómetros al N. de la ciudad y los otros al SW. de ella y a una distancia de poco más de diez kilómetros. A mayor distancia estaban los establecimientos de Totalillo y Tongoy, ubicados respectivamente al N. y al S. de la Ciudad.

El desarrollo minero permitió la habilitación de nuevos puertos: el mayor de Coquimbo, el menor de Tongoy y el habilitado de Totalillo. Se construyeron nuevas líneas férreas y la agricultura recibió un fuerte incremento, pues la construcción de nuevos canales permitió aumentar considerablemente las tierras de cultivo.

Todo este auge culminó en 1873 al convertirse Chile en el primer productor de cobre del mundo.

La Serena recibió un fuerte incremento en su población. Así, el censo de 1854 arrojó un total de 11.805 habitantes, el de 1865, de 13.550, el de 1875, de 12.293, el de 1885, de 17.230 y el de 1895, 15.712 habitantes.

Como podemos apreciar, el mayor número de habitantes lo tuvo La Serena en 1885 con un total de 17.230. Si comparamos esta cifra con la del censo anterior, vemos que hubo un aumento de un 30%. Desde 1885 adelante, la población empieza a disminuir y eu

1895 acusa un total de sólo 15.712 habitantes, lo que nos da una disminución de 8,8%.

Esta disminución se originó debido a que las minas de cobre de la región bajaron considerablemente su ley y al no mecanizarse su explotación, resultó poco económico trabajarlas.

La decadencia de la minería repercutió directamente en la ciudad, la que cayó en un largo período de estagnación. Sin embargo, no llegó por eso a perder la función que la caracterizaba, pues continuó siendo el centro administrativo de una región en la cual la principal actividad económica será ahora la agricultura.

VI — ANALISIS DEL PLANO ACTUAL

Antecedentes

A la evolución urbana del siglo pasado, sucede un largo período de estagnación y ello explica el aspecto decadente que ofrecía la ciudad en 1940. Al respecto, Alfonso Díaz Ossa, al describirla en el Seminario de Problemas Regionales, lo hace en la forma siguiente:

“La impresión de la ciudad se nos iba entrando desde el momento en que al atardecer y cuando el ferrocarril empezaba a tomar las últimas curvas que le permitían llegar al puerto de Coquimbo, veíamos las luces de La Serena parpadear a lo lejos, hacia el Norte, extendiéndose hacia la cumbre del cerro Santa Lucía. Aquí se comprendía de inmediato (hoy se ve con mucha más claridad al llegar del N. o del S. por la Carretera Panamericana) que el emplazamiento dado a ella por sus fundadores había sido elegido con una intuición genial propia de la capacidad, como conductor de pueblos, que siempre tuvo el bravo conquistador español. Sin embargo, que contraste se sufría en cuanto nos bajábamos en la estación ferroviaria. El edificio de la Estación, que quería ser como el precursor de un estilo que más tarde imperaría en el plan, tenía sus pisos peligrosamente hundidos; por otra parte, era imposible mirar sus alrededores o sus jardines, pues se encontraba rodeado de una aterradora obscuridad. Al partir hacia el centro mismo de la ciudad el viajero se preocupaba al pasar entre las vegas y pantanos sobre los cuales cinco manzanas de viviendas, que si hoy existieran las habríamos denominado “callampas”, —en ese entonces se lla-

maban viviendas obreras— dormían entre las miasmas y la humedad, y como vecinos de la zona Sur que por primera vez pisábamos tierra norteña, necesitábamos convencernos que en la inmensidad de zancudos y mosquitos no existían los que transmiten el paludismo o la fiebre amarilla”.

“Se subía a la ciudad por dos accesos pavimentados, con una pendiente exagerada, y al llegar a la primera terraza (cuarta terraza), que en ese entonces no se podía ubicar bien ni dominar como ahora en toda su extensión, comenzaba el calvario del peregrino que buscaba donde alojarse y descansar y tratar de “ver” un hotel en la obscuridad de las calles Cordovez y Prat en las que apenas si dos avisos llamados luminosos, cortaban la humedad algo fría que empezaba a caer con abundancia como una neblina o vapor suave que venía arrastrándose desde las vegas vecinas. En esta primera noche en que el turista visitaba una capital de provincia no podía menos que hacerse los mismos comentarios pesimistas que aún nos hacemos hoy cuando nos toca visitar algunos pueblos de nuestro Chile”.

“Al día siguiente y al bendecir el sol con sus rayos esta ciudad, que con él en compañía parece tomar vida extraordinaria, fenómeno común a muchos pueblos pero que en La Serena toma relieve excepcional, —el viajero admiraba la belleza de los árboles en la Alameda pero se resentía por el aspecto desagradable de los cauces de la quebrada que la atravesaban a tajo abierto; presentía que la estructura de la parte urbana era hermosa, pero no se explicaba como alguien podría alguna vez presentarla para que pudiera admirarse la belleza de sus líneas; gozaba con la vista que desde el Regimiento “Arica” se extiende sobre la bahía entera de Coquimbo, pero al bajar los ojos tropezaba con doscientos tugurios que en las laderas del cerro San Lucía eran una afrenta para la ciudad...”

A pesar del pobre aspecto que nos ofrecía la ciudad en 1940, podemos asegurar que desde 1881 a 1947 se han producido algunos cambios que, sin ser notables, nos permiten vislumbrar las futuras transformaciones que sufrirá la ciudad tanto en su planta como en su estructura.

Al estudiar las fotografías aéreas tomadas por el Instituto Geográfico Militar el año 1947, vemos que hacia el N. los límites de

la ciudad no ha sufrido cambio alguno; no así hacia el S. en cuya dirección se ha prolongado en poco más de 200 m. a lo largo de los caminos que salen de la ciudad. Al E., el crecimiento se produjo sobre la pendiente que une la tercera con la segunda terraza, crecimiento que alcanzó poco más de 50 m. Al W., el desarrollo urbano pasó la línea del ferrocarril, extendiéndose en poco más de 500 m., pero sólo a lo largo de la Avenida Francisco de Aguirre.

Durante este período se realizaron algunos adelantos de importancia tales como la construcción del núcleo administrativo que forman la Municipalidad con la Corte de Apelaciones y que se ubica frente a la plaza principal en la esquina que forman la acera S. de Prat con la acera E. de Carrera; el palacio arzobispal al costado E. de la plaza principal y el Banco Central al costado S. de dicha plaza. En la planicie costera y sólo a 450 m. al W. de la plaza principal se levantó la Estación de los Ferrocarriles del Estado y, bordeando esta planicie, se construyó un nuevo camino que unió La Serena con Coquimbo. Este camino se prolongó hacia el N. pasando inmediatamente al E. de la Estación, para salir por el extremo NW. de La Serena y continuar luego hacia las ciudades importantes del N. Sin embargo, estos caminos no constituyeron un elemento de atracción para la instalación urbana.

El escaso desarrollo que experimentó el grupo urbano durante esta época, se nota también al estudiar los cuadros de población. En 1885 la población era de 17.230 habitantes y en 1920 de sólo 15.240, es decir, en 35 años ha disminuído en 1.990 habitantes. Desde 1920 adelante se nota un aumento y según el censo de 1930 hay un total de 20.696 habitantes, lo que nos da, en relación con el censo anterior, un aumento de 5.456 habitantes. El censo de 1940 dio un total de 21.742 habitantes; si comparamos esta cifra con la del censo anterior veremos que existe un aumento de 1.046 habitantes.

El período de estagnación que sufrió la ciudad empezó aproximadamente en 1885, prolongándose hasta la segunda década del siglo XX. Ya vimos en las conclusiones del siglo anterior las razones económicas que determinaron esta crisis. Sin embargo, desde 1920 adelante, un nuevo auge económico empezó a desarrollarse en la región. Se construyeron nuevas obras de regadío, lo que au-

mentó el área de cultivos; resurgió en parte la minería del cobre gracias al empleo de métodos modernos de explotación y además empezó el auge de la gran minería del fierro.

El desarrollo de la minería y de la agricultura fueron un elemento de atracción que hizo venir a la zona a nuevos contingentes humanos y a la larga esto influyó en el plano de La Serena. El cambio de estructura urbana no se produce, como en el siglo anterior, en forma desordenada, sino que ahora se estudian las posibilidades económicas de la región y las consecuencias del auge minero y agrícola, todo lo cual se planifica para producir una transformación urbana de acuerdo con las técnicas modernas.

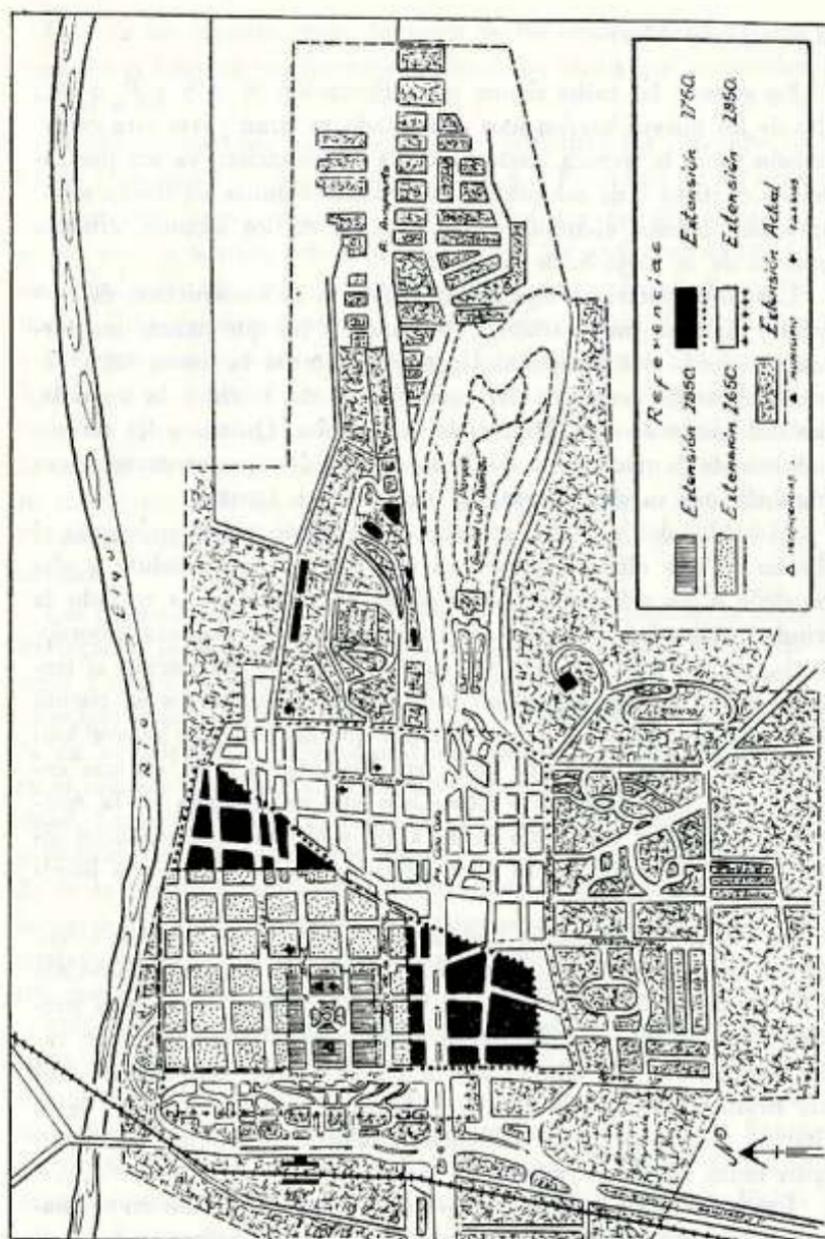
Esta planificación, producto directo de la técnica, es lo que se conoce con el nombre de Plan Serena.

Forma y Límites

El último plano de La Serena es el del año 1961 (ver fig. N° 9), para cuya ejecución se tomó como base el que publicó en 1952 la Dirección de Obras Municipales.

Desde 1881 adelante, la planta de la ciudad tuvo forma cuadrada; esta misma característica podemos apreciarla aún en 1947, pero ya en 1952 se notan grandes cambios, debido a que la ciudad se ha extendido hacia el S., E. y W. y es así como ahora presenta la forma de un rectángulo que posee adosada en su parte central E. una prolongación muy alargada que ascendiendo sobre la segunda terraza llega hasta la primera sobre la cual se extiende siempre en dirección al E. a lo largo del camino que va a Vicuña.

Los límites que actualmente presenta la ciudad son los siguientes: Al N. con las calles Cirujano Videla, Flotto, Almagro y con el extremo E. de Brasil; en esta dirección no ha habido cambio alguno. Al S. limita con la Avenida Huanhuali, pero a lo largo de Balmaceda se prolonga unos 200 m. al S. de ella. El límite E. ofrece una característica muy especial, pues la ciudad se ha extendido a lo largo del camino que va a Vicuña en unos 1.500 m., presentando una forma muy alargada y con un ancho muy reducido. Al W. limita con la Estación de los Ferrocarriles y el recinto ferroviario, pero a lo largo de la Avenida Francisco de Aguirre y al W. del cruce del ferrocarril se ha prolongado en 700 m.



EVOLUCIÓN DE LA SERENA

Los espacios libres

En general las calles siguen una orientación N. a S. y E. a W.; las de los nuevos barrios han conservado en gran parte esta orientación; pero la técnica moderna de la urbanización, ya sea por razones estéticas o de salubridad, ha trazado algunas en forma semi-circular; buenos ejemplos se encuentran en los sectores urbanos nuevos de la parte S. de la ciudad.

Las calles encierran espacios dedicados a la construcción de formas y tamaños muy variables, primando sí los que tienen una forma cuadrada o rectangular. La primera forma la tienen los espacios del sector central y del barrio de Santa Lucía y la segunda, los del barrio de San Miguel de la Chimba, Quinta y los nuevos núcleos de la parte S. y E. de la ciudad, los que se caracterizan también por su desuniformidad en cuanto a tamaño.

Al hablar del largo de las calles es necesario tomar en cuenta el hecho de que ellas no presentan una continuidad absoluta y ello se debe a los diferentes niveles sobre los cuales se ha trazado la ciudad. Además, los barrios fueron surgiendo de manera desordenada, sin que existiera una preocupación por hacer coincidir el trazado de las nuevas calles con las antiguas. Si tomamos en cuenta los factores recién señalados, veremos que las calles de mayor longitud son: Balmaceda que corre en dirección N. a S. en una extensión de casi 2.000 m. y Colo-Colo que se prolonga en la Avenida de Aguirre, corriendo de E. a W. y presentando un largo total de más de 3.000 m. El resto de las calles presentan una longitud mucho menor.

En cuanto a su función podemos distinguir calles de gran circulación como Balmaceda, Avenida Francisco de Aguirre, Colo-Colo y la Avenida Juan Bohon, todas las cuales corresponden a la prolongación de las rutas de acceso a la ciudad; las de comercio, tales como Cordovez (desde Carrera a Cienfuegos), Balmaceda (desde Brasil a Av. de Aguirre) y O'Higgins (desde Prat a E. de la Barra) y finalmente las residenciales dentro de las cuales se agrupan todas las calles restantes.

Las calles presentan un ancho de unos 12 m. y están en su mayoría pavimentadas con concreto al igual que las aceras en las cuales también se han utilizado baldosas.

Una de las grandes preocupaciones de los urbanistas que trabajaron en el Plan Serena fue mejorar las áreas verdes que ya existían y crear otras.

Recibieron cambios notables la plaza principal, las plazuelas de Santo Domingo y de San Francisco y la Av. Francisco de Aguirre.

Se crearon nuevas plazas y plazuelas, las que no sólo surgieron en los nuevos barrios, sino que también en los antiguos; siguiendo las normas dictadas por el plano regulador de la ciudad. Entre las nuevas plazas podemos señalar las de Buenos Aires, la Antártida y la Copec; la primera se ubica en Colo-Colo entre Benavente y Vicuña y su construcción permite una comunicación más directa entre las partes central y E. de la ciudad. La Antártida, al SE. de la ciudad y frente a la calle Benavente, sirve de centro al barrio de su mismo nombre. La plaza Copec se ubica frente a la carretera Panamericana y sirve de elemento decorativo a la entrada S. de la ciudad.

Las plazuelas que se distinguen son la de la Intendencia, la de la Prefectura, la de los Mariscales, la de J. A. Ríos y la del Cementerio. La de la Intendencia se ubica en el costado NW, de la plaza principal frente a la calle Matta. La de la Prefectura, en el costado N. de la calle Colón esquina de Cienfuegos. La de los Mariscales, en el costado S. de la Av. de Aguirre junto a la Dirección de Vialidad. La de J. A. Ríos se ubica en la parte S. de la ciudad frente a Balmaceda, entre las calles Norte y Sur, y la del Cementerio, al E. de la ciudad frente a la entrada principal de la necrópolis. En la parte SE. de la ciudad y extendiéndose de E. a W., desde Benavente a Larraín Alcalde, se ubica el parque Buenaventura Osorio, que es un área verde de relativa importancia. Otro parque es el Coll, ubicado al E. de la ciudad en el amplio y profundo lecho de la quebrada de San Francisco. Al E. de la ciudad, en las pendientes que unen la segunda con la tercera terraza se han creado hermosos jardines, los que han dado origen al parque de Santa Lucía. Al W. de la ciudad, en la planicie costera y en el área que ocupó un antiguo barrio obrero, se creó el parque Pedro de Valdivia, obra que da a la ciudad una hermosa perspectiva viniendo tanto del N. como del S., ya sea por carretera o ferrocarril.

El Estadio Municipal, ubicado en la parte S. de la ciudad, e inmediato al antiguo barrio de San Miguel de la Chimba, ocupa parte del área que encierran Amunátegui por el N., Anima de Diego por el S., Balmaceda por el E. y la Avenida del Estadio por el W.

Otro campo deportivo, pero de un tamaño mucho menor, es la Bombonera, ubicada en el costado W. de la calle Benavente entre Juan de Dios Peni y Anfión Muñoz.

Al SW. de la ciudad, y en el extremo W. de la calle Juan de Dios Peni, se levanta el Club de Tenis que se caracteriza por ser el campo deportivo mejor planificado de la ciudad.

Los espacios construidos

Entre 1947 y 1952, la construcción tuvo un gran auge; las nuevas edificaciones no sólo se circunscribieron a los barrios de reciente creación sino que también se construyó en los que ya existían.

En el sector central se levantaron importantes construcciones, especialmente en el costado E. de la Avenida P. P. Muñoz, en donde quedó un solo edificio antiguo: la Iglesia de Santo Domingo. de N. S. se instalaron en esta misma avenida y mirando al parque de Pedro de Valdivia: un grupo escolar, las oficinas del Ministerio de Agricultura, edificios de departamentos, un hotel, las oficinas de la Caja de Crédito Minero y la Escuela Técnica Femenina.

Otras edificaciones se encuentran en el costado W. de Balmaceda, entre las calles Prat por el N. y Cordovez por el S.; éstas fueron dedicadas a locales comerciales y oficinas para profesionales.

En este mismo sector se construyeron: en el costado N. de la plaza, el edificio de la Intendencia y en el costado S., un nuevo teatro. En la esquina que forman el lado N. de la Av. de Aguirre con el lado E. de Balmaceda se levantó la Caja de Crédito Prendario y en la misma avenida, pero en la acera E. de Balmaceda, el Servicio de Seguro Social.

Con respecto a las construcciones levantadas en el barrio de San Miguel de la Chimba, las más importantes se ubican en el costado S. de la Av. Fco. de Aguirre y así, viniendo desde la carretera Panamericana hacia el E. tenemos: un grupo escolar, los talleres de la Escuela Técnica Femenina y las Oficinas de Vialidad.

Al SW. se construyeron grupos habitacionales que se conocen con el nombre de población de el Santo y al W. de ésta se construyó el edificio de la Escuela Agrícola.

En el barrio de Santa Lucía se construyeron también nuevos edificios, uno para el Liceo de Niñas y otro para el Liceo de Hombres. En el extremo E. del barrio, desde Gandarillas por el N. a Colo-Colo por el S. se levantaron nuevas poblaciones destinadas a servir de lugar de residencia a miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

En el barrio de Quinta se construyó la Escuela de Minas y además, el edificio de la Escuela Normal recibió importantes modificaciones; ambos forman un importante núcleo educacional que está limitado al N. por Juan de Dios Peni, al S. por Amunátegui, al E. por Infante y al W. por Benavente.

En el extremo E. del barrio se construyeron gran número de viviendas, las que se agrupan bajo los nombres de población Escuela de Minas, Cuarto Centenario y Capuchinos.

Los materiales empleados en estas construcciones fueron principalmente cemento, fierro, piedra, madera, tejas y pizarreño. Con respecto al estilo, éste nos ofrece gran variedad de formas, pero siempre se mantuvo dentro de la línea colonial.

Los nuevos barrios

Gran número de casas fueron construídas por diversas instituciones fiscales para dedicarlas a viviendas de empleados y obreros, las que se ubicaron en terrenos adyacentes a la ciudad. Esto dio origen a la formación de nuevos barrios.

Las nuevas construcciones ubicadas en la parte S. de la ciudad ocupan el espacio limitado al N. por la calle Amunátegui, al S. por la Av. Huanhuali, al E. por Juan Cisternas y al W. por el Santo. Estos nuevos barrios permitieron la extensión de la ciudad hacia el S. en más de 500 m.

La orientación de sus calles es en general de N. a S. y de E. a W., especialmente aquellas que se han trazado siguiendo los antiguos caminos suburbanos. Su longitud es variable y las más extensas, que coinciden también con los antiguos caminos, son: de N. a

S. Juan Cisternas, Larraín Alcalde y Balmaceda y de E. a W. Amunátegui y Huanhuali.

Sus calles son residenciales y encierran espacios construídos en forma generalmente rectangular y de tamaños muy variados.

Los materiales que priman en la construcción son el ladrillo, el cemento, el fierro, las tejas y el pizarreño. Su estilo trata de ser una réplica del colonial.

El extremo W. del sector no recibió cambios en su estructura urbana y conservó las características tradicionales de construcción, primando en ella el adobe, el zinc y la teja. También es un sector residencial, pero presenta un carácter más popular.

Este nuevo sector S. no ha recibido un nombre especial que sirva para individualizarlo, sino que los diversos grupos habitacionales han recibido el nombre de poblaciones: Quinta Antártida, Empleados Públicos, Empleados Particulares, Juan A. Ríos y Juan Soldado.

En la parte E. de la ciudad surgieron nuevos barrios los que se agruparon a lo largo de la Av. Colo-Colo. Es así como desde la calle Rodríguez hasta el Cementerio tenemos las poblaciones Molinos Viejos, Mundo Nuevo y Militar, las que sirven principalmente de residencia a empleados públicos. Desde el Cementerio al límite E. de la ciudad, las poblaciones Coll y Antena, las que tienen un carácter marcadamente obrero.

La ciudad creció hacia el W. sobre la planicie costera y a lo largo de la Av. Francisco de Aguirre sobrepasando la línea del ferrocarril; han surgido allí algunos núcleos urbanos que se caracterizan por la heterogeneidad de los materiales empleados, porque generalmente carecen de un estilo definido. Este crecimiento ha sido desordenado, sin obedecer a un plan especial; ello se demuestra por el trazado de las calles y por la forma de los espacios construídos, los que dejan entre sí enormes espacios vacíos que se dedican a cultivos agrícolas.

Radio de acción de la ciudad

Los caminos que dan salida a la ciudad y que la comunican con otros puntos importantes, son los que ejercen la mayor atracción para la instalación urbana y suburbana.

El camino de la Pampa ha permitido un amplio crecimiento de la ciudad hacia el S., creándose junto a él un sector suburbano que da la impresión de ser un pueblo en calle y que se prolonga hasta el Matadero, ubicado al final de este camino y a cuatro kilómetros al S. del límite urbano. Este sector se encuentra íntimamente unido a la ciudad y si no se ha transformado en urbano se debe a que los huertos y quintas que allí existen tienen un alto rendimiento económico lo que ha impedido a sus dueños lotearlos.

El mayor crecimiento de la ciudad en este período, se realizó hacia el E. a lo largo del camino que comunica a la ciudad con Vicuña. Difícil resultó saltar el accidente natural que representa el marcado desnivel que existe entre la tercera y primera terraza, pero la expropiación de los sectores populares ubicados inmediatamente al W. de la Av. P. P. Muñoz, obligó a los urbanistas que trabajaron en el Plan Serena a buscar un área para trasladar a los expropiados. El sitio escogido quedaba al E. de la plazuela del Cementerio y allí se construyeron dos importantes poblaciones obreras.

Este nuevo barrio que se denomina Antena, puede ser considerado como un apéndice de la ciudad, pues lo separan de ella importantes accidentes físicos, así como también diferencias urbanísticas, lo que le ha dado características muy propias, las que tienden a agudizarse con las nuevas construcciones que se han levantado desde 1962.

El crecimiento de la ciudad hacia el E. ha sido en estos últimos años superior a los 2.000 m.

Hacia el N. la ciudad no ha crecido en ninguna época de su evolución; pues el río ha sido una barrera que ha impedido este crecimiento. Sin embargo, durante el siglo pasado surgieron dos pequeños pueblos que se instalaron a tres kilómetros de la ciudad y que en un principio formaron parte de las fundiciones que allí existían. Estos pueblos son los de la Compañía Alta y de la Compañía Baja y durante este siglo se han ido transformando lentamente en un importante sector urbano de La Serena.

Al W. el crecimiento sobre la planicie costera se ha desarrollado a lo largo de la Av. Francisco de Aguirre y alcanza a sólo 500 m. no llegando, por lo tanto, a la costa. No existen nuevas perspectivas de crecimiento, pues el subsuelo es una gruesa capa de fango

que impide, desde el punto de vista sanitario, la instalación de nuevas construcciones.

Circulación, comunicaciones y abastecimiento

La construcción de la Carretera Panamericana ha permitido rápidas comunicaciones con las más importantes ciudades del N. y del S. del país y el mejoramiento de los caminos que van hacia el interior del valle del Elqui, han resaltado aún más su característica de ciudad centro de región.

Como estación importante del ferrocarril que va desde Calera a Iquique, se pone en contacto ferroviario con los principales centros urbanos del país.

El aeropuerto de La Serena, construido a sólo dos kilómetros al E. de la ciudad, le permite un tráfico aéreo importante con otros puntos del territorio.

Líneas telegráficas, telefónicas y de cable la comunican en pocos minutos con cualquier ciudad importante de Chile y del extranjero.

La ciudad cuenta con varios mercados; el principal se ubica, como ya hemos visto, en el sector central; los otros quedan, uno en la parte S., en el costado W. de la Av. Larraín Alcalde entre Marcial Rivera y Anima de Diego y el otro, en la parte E. de la ciudad, en el costado S. de la calle Colo-Colo entre Julia Chadwick y Florencio Fontecilla.

Los productos agrícolas que se venden en estos mercados provienen de los alrededores de La Serena (parcelas Vegas Norte, Vega Sur, huertos y quintas de la Pampa y de la Compañía) y del interior del valle.

La ciudad posee un matadero que se ubica en el extremo S. del camino de la Pampa, frente al cruce del camino que viene de Ovalle con el que va a Peñuelas.

Los servicios de agua potable, alcantarillado y electricidad instalados en las primeras décadas de este siglo satisfacen ampliamente las necesidades, debido a las ampliaciones que se hicieron durante la ejecución del Plan Serena.

Conclusiones

Podemos decir que el auge urbano que señalamos entre 1947 y 1952 aún no se ha detenido. La planta de la ciudad continúa creciendo, pues nuevos barrios se agregan a ella y además, el número de habitantes va en constante aumento.

El censo de 1952, en relación con el anterior de 1940, arrojó un aumento de 5.876 habitantes. En 1952 la población era de 37.618 habitantes y actualmente se estima que es superior a los 50.000, o sea que en diez años ha aumentado en más de 10.000 habitantes.

Es evidente que las nuevas técnicas empleadas en la agricultura, en la ganadería y en la minería, como también la construcción de buenas carreteras han repercutido en el crecimiento urbano. Este desarrollo que se inició decididamente con la aplicación de un plan racional y técnico, como fue el Plan Serena, debe ser considerado como el comienzo de un plan mucho más amplio que canalice en mejor forma la explotación de los recursos que ofrece la región, lo que a la larga podría traer una transformación en las funciones urbanas, pasando de la función administrativa educacional que hoy tiene, a una función múltiple, la que podría comprender no sólo el turismo, sino que también la industria.

VII — CONCLUSIONES GENERALES

A través del análisis que hemos hecho de la evolución de la ciudad de La Serena en los diversos capítulos de este trabajo, podemos deducir los siguientes hechos:

La situación general que corresponde a la región denominada Norte Chico o Valles Transversales, le es a La Serena altamente favorable, pues se ubica en el extremo inferior del valle del río Elqui o Coquimbo, que es el más importante de dicha región, no sólo por su ubicación intermedia, sino que también por sus recursos y posibilidades que ofrece.

Este valle ha presentado desde la época precolombina grandes condiciones favorables para la instalación humana y esta atracción ha subsistido durante todas las épocas posteriores, a tal extremo que cuando algunos de sus pobladores se han visto en la necesidad de abandonarlo debido a un largo período de sequía, vuelven rápida-

mente a ocupar sus antiguas posesiones, no bien se producen cambios favorables en estas condiciones. Esto último nos demuestra, que aún cuando la minería es importante en la región, son las explotaciones agropecuarias las que juegan un papel decidor dentro de las actividades económicas de la población.

La Serena, emplazada junto al río Elqui y a menos de dos kilómetros de la costa, recibe, gracias a esta posición, la influencia directa del mar, el que modifica las condiciones climáticas locales, permitiendo hablar de Estepa Cálida en una región en donde la pluviosidad es aún insuficiente; pero son las frecuentes nieblas, garúas y alta humedad atmosférica las que suplen este déficit.

Llama la atención el sitio de la ciudad, pues se ubica sobre escalones formados por la acción del mar en la terraza principal; es así como La Serena se extiende escalonadamente de E. a W. desde los 5 a los 130 metros de altura, lo que le da una hermosa perspectiva. Este sitio no ha impedido el crecimiento de la ciudad, pues el desnivel que une a estos escalones o terrazas no es tan marcado como para considerarlo una barrera infranqueable. Además la evolución ya ha alcanzado a la terraza principal y allí las condiciones son altamente favorables para la extensión hacia el E.

El río Elqui ha permitido abastecer a la población de abundante agua y gracias a su constante caudal siempre ha cumplido con esta función vital, aún en los períodos de mayor sequía.

En su larga evolución, La Serena nos presenta hechos notables que ha modificado considerablemente su estructura; ha sido dos veces totalmente destruída, la primera por los indios Diaguitas, lo que obligó a los conquistadores a trasladarla tres kilómetros al S. de su antiguo emplazamiento y luego, a fines del siglo XVII, época en la que los corsarios ingleses la incendiaron. Este último hecho dejó profundas huellas en la ciudad y se pensó en cambiar nuevamente el sitio, pero ahora mucho más al Sur y más lejos de la costa, aproximadamente donde hoy se ubica la ciudad de Ovalle. Si bien es cierto que tal proyectó fue abandonado, debemos reconocer que la reconstrucción avanzó con tal lentitud que en las últimas décadas del siglo XVIII la ciudad aún presentaba la fisonomía de una aldea, extendiéndose sólo sobre la cuarta terraza. Desde su fundación y hasta finalizar el período colonial, la ciudad fue

centro administrativo de una región en la que primaban las actividades agrícolas y ganaderas, pero en la que también la minería jugaba un papel de relativa importancia, especialmente al finalizar el período en el que las explotaciones de las minas de cobre y su rudimentaria elaboración habían tomado un nuevo auge.

Durante el siglo XIX y especialmente entre 1830 y 1880, o sea, en un período de 50 años, La Serena sufre las transformaciones más notables de toda su evolución, pues se convierte en una verdadera ciudad con sectores administrativos y comerciales, con barrios residenciales, con parques y jardines y con calles pavimentadas y bien alumbradas. Además en sus alrededores se ubican importantes fundiciones de cobre y la construcción de nuevos caminos y de líneas férreas, la sacan de su aislamiento y la convierten en una ciudad centro de una región más amplia en la que predominan las actividades mineras sobre todas las otras.

Esta evolución en la estructura urbana se originó gracias al auge que tomó la industria extractiva del cobre y debido a este desarrollo se realizan también importantes obras de regadío, lo que permitió aumentar las superficies cultivables en el valle de Elqui. Sin embargo, el auge minero decae al finalizar el siglo XIX, pues las ricas vetas se agotan paralizando toda la actividad industrial.

Esta crisis económica repercute en la ciudad, no sólo paralizando su desarrollo, sino que también produciendo un éxodo de su población. Se cierran bancos y gerencias mineras y el comercio decae considerablemente. Sobreviene un período de estagnación que duró aproximadamente hasta 1940 y durante toda esta época la ciudad sólo envejece, sin que se noten cambios fundamentales en su estructura y extensión.

Son nuevamente, al igual que después del incendio de 1680, las haciendas del interior del valle un refugio seguro para paliar la crisis económica producida por la baja de las explotaciones cupríferas. Pero el desarrollo experimentado en las actividades agropecuarias permitió absorber en parte a la población que provenía de los centros mineros y urbanos, durante este período La Serena fue centro administrativo de una región agrícola en la cual se esbozaba ya una actividad minera, que girará ahora en torno a la industria extractiva del fierro.

Desde 1940 adelante, empiezan una serie de cambios en la estructura urbana, cambios que se originaron gracias al auge que tomaba día a día la explotación del fierro y también las nuevas técnicas empleadas en la minería del cobre, lo que permitió explotar aquellos yacimientos de baja ley. Además, la agricultura tomaba rubros especializados, como el cultivo de los primores y de la vid; esto último permitió crear una importante industria pisquera.

Este nuevo auge, que evidentemente empezó a gestarse antes de 1940, produjo desde 1946 a 1952 la aplicación de un Plan de Remodelación Urbana, el que cambió radicalmente la estructura de la ciudad y es así como se le dio a ella una amplia perspectiva gracias a las numerosas áreas verdes que se crearon. Surgieron nuevos barrios y esto permitió un crecimiento de la planta de la ciudad, especialmente hacia el S. y hacia el E. Se produce un incremento notable en las construcciones públicas, especialmente en los establecimientos educacionales, y las Cajas de Previsión levantan numerosas poblaciones para sus imponentes.

Gracias a este auge en las construcciones, vemos que el adobe que era el material que primaba casi en un 100% antes de 1946, es ahora casi equiparado por el concreto y el cemento. Podemos asegurar que La Serena es la única ciudad de Chile que ha sufrido un cambio tan notable y en tan pocos años, sin que para ello hubiera tenido que ocurrir un cataclismo. Sin embargo, la transformación más importante en su larga evolución, continúa siendo la que experimentó durante el auge del siglo pasado, pero debemos reconocer que la ciudad aún se encuentra en amplio proceso de crecimiento y éste tiende a aumentar en vez de disminuir.

La obra más importante de los últimos tiempos ha sido la construcción de la Carretera Panamericana, la que ha abierto importantes mercados para los productos agrícolas de la región, pues los centros consumidores del centro y del extremo norte del país se ubican ahora a sólo horas de viaje, lo que ha permitido sacar totalmente a La Serena de su aislamiento, ya que el ferrocarril lo había logrado sólo parcialmente.

La ciudad se encuentra en amplio desarrollo gracias a las explotaciones de la Gran Minería del Fierro, al incremento de la Mediana minería del cobre y a la agricultura especializada de primo-

res. Debido a ésto continúa siendo un centro administrativo de una región minero-agrícola. Sin embargo, ahora cumple una importante función como es la de ser centro educacional de toda la región del Norte Chico.

Las perspectivas futuras son promisoras de nuevos cambios, pues las condiciones climáticas, la variedad del paisaje y las características urbanas muy propias de La Serena, permitirán el desarrollo de una importante actividad turística, no sólo en la época estival, sino que principalmente durante el invierno, pues la suavidad del clima atraerá gran cantidad de turistas desde las regiones centrales del país. Esto, unido a la instalación de industrias en las áreas vecinas a la ciudad y a la creación de nuevos centros educacionales, dentro del área urbana, nos permite asegurar que la ciudad se encuentra en un amplio proceso de crecimiento.

JUAN GALDAMES GALDAMES

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- Asta-Buruaga, Francisco: *Diccionario Geográfico de la República de Chile*. Santiago 1899.
- Brüggen, Juan: *Fundamentos de la Geología de Chile*. Santiago 1950.
- Brüggen, Juan: *Geología*. Santiago 1928.
- Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Tomo X. Santiago 1915.
- Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo VI. Santiago 1861.
- Concha, Manuel: *Crónicas de La Serena*. La Serena, 1811.
- Cornely, Francisco: *Cultura Diaguita chilena y Cultura de El Molle*. Santiago, 1956.
- Corporación de Fomento a la Producción: *Geografía Económica de Chile*. 2 tomos. Santiago, 1950.
- Encina, Francisco: *Historia de Chile*. Tomos: I, II, III, IV y V. Santiago, 1947-1952.
- Latcham, Ricardo E.: *La Prehistoria Chilena*. Santiago, 1928.
- Mellet, Julián: *Viajes por el interior de la América Meridional, 1808-1820*. Santiago, segunda edición, 1959.
- Mostny, Greta: *Culturas Precolombinas de Chile*. Santiago, 1954.
- Riso-Patrón, Luis: *Diccionario Geográfico de Chile*. Santiago, 1924.
- Servicio Nacional de Estadística: *XII Censo General de Población y de Viviendas*. Tomo I. Santiago 1958.
- Silva Lazaeta, Luis: *El Conquistador Francisco de Aguirre*. Santiago, segunda edición, 1953.
- Thayer Ojeda, Tomás: *Las Antiguas ciudades de Chile*. Santiago, 1911.
- Tornero, Recaredo: *Chile Ilustrado*. Valparaíso, 1872.
- Valdivia, Pedro de: *Cartas de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V*. Publicadas, J. T. Medina. Sevilla 1929. Segunda edición, Santiago, 1955.